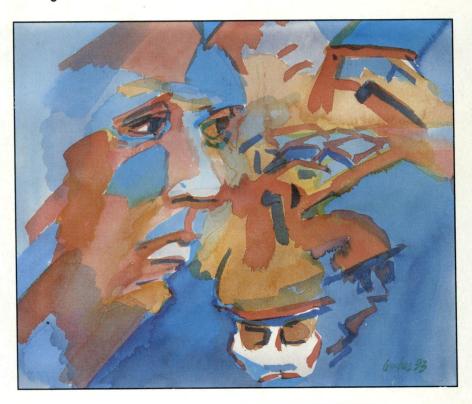
## Cuentos

## La máquina de los recuerdos

Jorge Ramírez Caro







## Colección Corubicí

## LA MAQUINA DE LOS RECUERDOS, de Jorge Ramírez Caro

Consejo Editorial de la Universidad Nacional
MA. Luis Ovares Rodríguez -PresidenteM.Sc. Lorena San Román
MA. Jorge Alfaro Pérez
Dr. Miguel Peña Alvarez
Dr. Manuel Moya Portuguez
M.Sc. Elio Burgos Gómez
M.Sc. Eladio Chaves Salas
Lic. Tobías Villalobos Romero
Lic. Fernando Trejos Castro
Sr. Rafael Baltodano

Primera edición, mayo de 1993 Tirada de 300 ejemplares En papel bond y cartulina barnizable

## Portada de Héctor Gamboa Goldemberg

© Editorial de la Universidad Nacional Apartado 86 - 3000 Heredia, Costa Rica Impreso en Costa Rica Hecho el depósito de Ley Derechos reservados

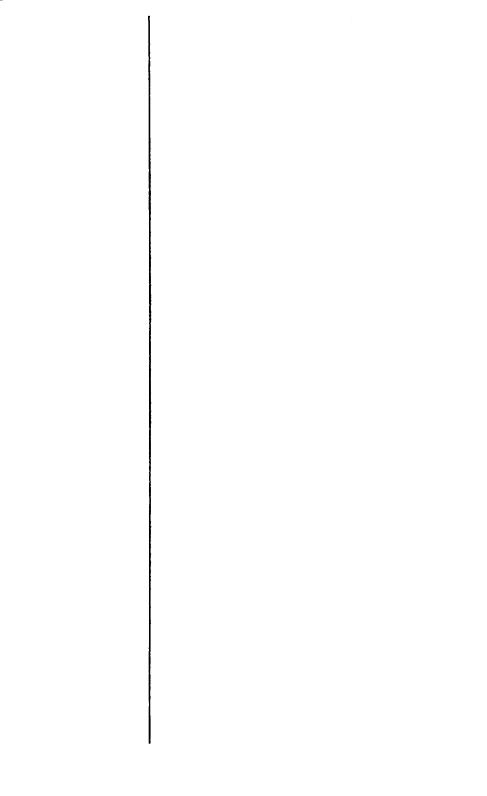
CR863.4

R173m Ramírez Caro, Jorge.

La máquina de los recuerdos : cuentos / Jorge Ramírez Caro. — 1. ed. — Heredia, C. R. : EUNA, 1993. 114 p. ; 21 cm.

ISBN: 9977-65-061-6

1. Cuentos costarricenses. I. Título.



## LA MAQUINA DE LOS RECUERDOS

De: Jorge Ramírez Caro

Premio de narrativa del Certamen
UNA-PALABRA 1992, organizado por la Escuela
de Literatura y Ciencias del Lenguaje y el
Departamento de Filosofía de la Universidad
Nacional; patrocinado por el Consejo
Universitario de la Universidad Nacional.

## Comisión organizadora

Lic. Olmedo España Calderón -Presidente-M.A. Jorge Alfaro Pérez Lic. Rafael Pérez Miguel Lic. José Rubí Br. María de los Angeles Castro Licda. Sonia Guardia Ramírez

### Jurado calificador

Dr. Jorge Charpentier Dra. Nory Molina Dra. Adela Rojas

## **Cuentos**

# ra maquina de

* 1		

## Os recuerdos

Jorge Ramírez Caro

	,		
·			

a Ligia, a Cecilia y a todos mis compas en la 615 y en las 700

## **AQUI ESTUVO UN HOMBRE**

Tocó repetidas veces.

Desde dentro nadie se asomó para ver su sonrisa teñida de flores. Sus ojos flotaban en una esperanza que poco a poco se fue apagando como si nada hubiera quedado de aquel sol. El silencio rastrillaba su inquietud. Después vino el viento.

Volvió a la siguiente semana. Habló de nuevo con la puerta y el mismo silencio enredado en la impaciencia. Esta vez reparó en las paredes, el alero, la ventana, el llavín. Se preguntó por qué no traigo llaves. No tenía bolsillos donde meter sus manos. Desde las otras casas los ojos se peleaban el panorama. Un perro torcido iba mordiendo el

silencio a ladridos que a nadie importaban. Un niño dejó caer una pelota rayada de colores que el viento fue rodando hasta hacerla cuadrada.

Tocó para percatarse de que nadie estuviera esperándolo dentro. Su mujer a lo mejor lo esperaba, procurando que la anemia no se tomara la casa. El salió a buscar para el pan. Su aspecto de ahora no podía con tantos huesos y nudos en la cara. Se pasó la mano derecha por los ojos para borrarse un poco de intranquilidad, para ver si adivinaba algo, luego la hizo un mirador queriendo arrancarle al silencio, a la quietud, algo que le confirmara que no se había equivocado de dirección.

El viento continuaba barriendo la calle. Desde dentro la soledad miraba con asombro de mujer que desea entrar en el fuego para quemarse de verdad. El siguió tratando de ver algo, de encontrarse con algún olor, con algo que le dijera más que el silencio, que la indiferencia que acechaba. A tientas se internaba por los recuerdos, arrastrado por el ansia les daba vueltas, y no encontraba nada que lo rescatara de la incertidumbre.

La casa era de otro color. No recordaba si tenía número. A las demás tampoco se les notaba. A nadie se atrevió a preguntar porque la gente echaba marcha atrás, prefería mirar de lejos, detrás de las cortinas. El mundo pareció haber dado otra vuelta. También creyó que el sol estaba del lado equivocado, que el viento no corría en la

dirección de la costumbre. Daba la impresión de que estuviera pensando nada, zozobrando en el vacío, que por dentro no tuviera nada, que fuera sólo un tronco hueco lleno de telarañas. mundo intentaba metérsele por dentro y extraerle lo poco que por dentro tuviera. La gente con los o jos como que lo absorbía. Nadie adivinaba cómo era que se soportaba de pie. La calle estaba limpia. Una bolsa fue suspendida como por una inmensa aspiradora desde lo alto. La tarde se arrastraba como una cucaracha entre las brasas. Se rascó la cabeza como buscándose un pio jo. Se apagaba sin burbujas en mitad de la calle, preguntándose en qué parte del mundo he venido a parar. Nadie supo tampoco de dónde había llegado ni quién era. Todos dudaron que alguien habitara aquella sombra.

Mientras él procuraba encontrar algún recuerdo, un ruido fue llenando el cielo poco a poco. La gente buscó en el aire y vio pasar un titilante caza. Cuando quisieron seguir haciendo polvo a aquel desconocido, éste ya no estaba. La calle lucía más limpia y la tarde entretenía en la puerta a la noche. La verdad es que yo tampoco supe de dónde vino ni para dónde se fue. El frío se daba la mano con el viento.



## LA MITAD DEL SOL

Eso fue lo primero que me dije.

El siempre nació primero que yo a muchas cosas. Hasta en eso me ganó. Sus manos estaban primero que las mías. Ahora no sé qué hacer con su silencio. Es muy pesada esta cruz. No me atrevo a creer que le hayan arrancado de raíz la palabra. El siempre se reservó algo, como un pozo. Nunca lo secó del todo el verano, nadie lo empequeñeció. Hablaba hasta con las piedras, hasta por los codos. Hubo días que me lo encontraba hablando con la pared o con su sombra. Pocas veces vio tele. Estaba, eso sí, enterado de las cosas. Leía y le ponía imaginación a la vida. Yo no le puedo dar detalles. Ahí si que no. A nadie le gusta que le

saquen las tripas. Uno está con dolor, partido por la ausencia y no es justo que lo vengan a terminar de demoler. Yo lo espero. De algún lado se sale porque para él no parece haber muros. Es como la imaginación: por más cerrada que esté la noche, siempre logra alcanzar las estrellas.

Se perdió mi ángel de la guarda. Desapareció. Para mí es como si se hubiera desvanecido la mitad del sol. Ahora nadie me acompaña. Perdí mi sombra. No sé nada de su paradero. Si lo supiera no se lo diría. He ido a preguntar por todas partes. Lo he buscado, y nada. En el comando dicen que aquí no lo tenemos, ni lo conocemos. Yo sé que eso es mentira. Tampoco está con ninguno de mis familiares o conocidos. El no contaba con medios para irse lejos. El no huye así, sin decir nada. Además, me dijo que nunca más me partiré en dos. Donde esté le debo hacer falta. Usted no sabe lo que es perder la mitad de uno. Ustedes gozan lanzando preguntas que son como sal en la honda herida de los dolidos. ¿Cómo cree que se va a sentir una madre que ha perdido a su tercer hijo y nadie sabe darle razón en este mundo donde el poder esconde todo con su sombra? A mí no me pregunte pende jadas que de sobra se saben. Antes sí, pero habíamos vuelto... Y no sé por qué dice que o insinúa que era mafioso. Pues no. Todo menos eso. Juntos tropezamos y caímos. Encarnamos el mismo sueño en la misma desnutrición. También a ambos nos borraron el horizonte, nos quitaron el sol de nuestras propias manos como se suele hacer en este país, pero nunca, óigalo bien, nunca robamos para comer ni tampoco matamos.

Escalamos montañas, subimos árboles, nos bañamos en ríos. Siempre nadamos contra la corriente, pero jamás pusimos por el suelo la vida. Gracias a Dios nunca comulgamos ni con los terroristas ni con los blancos ni con los tigrillos verde oliva. Con el tiempo nos convertimos en expertos en sobrevivencia. Yo sé que le debo hacer falta porque yo me siento incompleto, me hace falta un lado, una sombra. El me avisaba del peligro cuando me distraía, cuando me confiaba demasiado. Siempre estaba ahí sacándole filo a mis sentidos.

Si me llegara a escribir por lo menos. Si me dijera tan solo que aún vive. No sé si me queda todavía esa esperanza, porque aquí los que se van no vuelven. A los que se llevan no los regresan. Ahí dejan colgando sus recuerdos, su fantasma de desdicha. Es como si a donde llegan, o mejor, como si a donde los llevan los amarraran para siempre a gruesas e irrompibles cadenas. Como si los vaciaran de todo recuerdo, de toda memoria. Se les olvida el camino, la alegría que sembraron y nunca vuelven para cosecharla. Como si los clavaran a una honda tumba de donde no pueden resucitar. Ni nuestra esperanza logra rescatarlos. Bueno, él a veces decía que cuando me muera, entiérrenme hondo para que las piedras florezcan. Y desde acá uno grita, pero ellos no tienen oído. Mueren al pasado y a la alegría. Los dejan sin camino. Y en la casa no alcanzamos a espantar el buitre de la tristeza. Nos quitan la oportunidad de veries la cara en el futuro.

Y yo que lo traje amarrado en un pie, en el

dedito pequeño del pie derecho. Y oiga: desde el primer día se me soltó. Desde entonces fue travieso y buscapleitos. En el barrio a todos les descalabró la cara. Hasta llegaron a echarlo de la escuela. Porque después de todo, sus manos alcanzaron hasta las letras. Cuando se fue de la casa tuve que acompañarlo. Mi madre nos parió sin adivinar que esto llegaría a ser así. Porque los padres nunca saben cómo van a ser sus hijos. Por eso, desde antes de nacer, nos tienen encomendado a un angelito. Pero el mío siempre iba más adelante que yo. Por él me crecieron alas y conocí mi pueblo y muchos otros que chapaleaban en la misma suerte. En las calles nos cuidábamos celosamente. Es que la cosa era seria —y todavía sique siendo, claro. Se imagina: robos, asaltos, secuestros, asesinatos, violaciones, que volaron unos edificios, gente que desaparece de la noche a la mañana, de todo en el menú de la pobreza. Es que no se podía confiar en nadie, como ahora. Ni en esos. Esos son peores. Tienen toda la autoridad y el permiso para hacer y deshacer. La ley los protege. Y para nosotros nunca ha habido ley, sólo la de eliminarnos. Y se los van metiendo a uno como una golosina indispensable, vital, porque son los defensores de todo. Mejor andábamos solos. Hasta que, como le dije, nos nacieron alas, nos asaltó el inconformismo y soñamos con la revolución, porque esa era la moda y porque uno concibe las cosas de otra manera y rehúsa a quedarse con los brazos cruzados y esperar que las cosas caigan del cielo. Y vinieron las luchas, las huelgas. Fue cuando las cosas empezaron a ponerse feas. El desaparecía y aquello me desvelaba, porque a mi madre ya no le cabía ni una preocupación más. A la semana regresaba todo golpeado, con raspaduras, o jerudo, ave jentado por el hambre, comido de mosquitos, desvanecido por el sueño. Me apresaron por revoltoso, comentaba. Y esto no sucedió una, sino varias veces. Yo me habitué a la angustia, a la impaciencia. madre cantaba mientras remendaba la ropa para no recordar. Cuando ya no le quedaba sitio para más golpes y las cicatrices y cuando las amenazas eran cada día más frecuentes crei que iba a abandonarlo todo. Pero no. Se armó y se fue. De lejos le seguí el rastro. Sus amigos fueron aniquilados, sus zonas de operaciones desmanteladas. dejaron sobrevivientes. Siempre anduvo escondiéndose. Y la cacería detrás. Cuando ya no encontró sitio para poner su luna, resolvió volver. Pasaron los años y las cosas se aquietaron. atención se centró en otros. Mi ángel de la guarda comenzaba a llegar a mi mesa. Pero siempre llegan esos días que uno no espera.

## CAPERUCITA SOLA

Yo los vi. Eran dos de ellos. Después fue que inventaron que había sido yo, y como yo no aparecí por ningún lado, le echaron la culpa al papá, que sacaron de la casa en los días aquellos. ¡Pobre señor Tobías! La niña se salvó de pura jaiba, porque esa noche fue a dormir donde su madrina. A ese juicio le dieron mucho bombo, por todos los radios activaron la bomba de la duda. Claro, a la hora del juicio las versiones se contradecían. Unos alegaban que había sido yo y otros que el degenerado del tal don Tobías. Pero yo no fui, se lo juro por lo que más quiera. Yo estaba ahí cazando pájaros desde a eso de la una y media. Era una hermosa tarde de abril, el mes de los pájaros. Yo no me inventé ningún cuento de pájaros ni de

ciclón, como ahí se dijo. La niña misma lo dijo. Fueron dos de ellos y ella tenía de prueba un pañuelo de uno de ellos. Pero eso no fue suficiente. Ya ve usted: aquí no vale la palabra de las víctimas. Como le dije, es la hora en que los pájaros comienzan a sentir la sal de la sed. Pero no cazaba cualquier tipo de pájaros, sino me interesaban los congos, los mochuelos, los canarios finos, usted sabe, los más buscados en esta región. Había tenido mala suerte, y aún no había almorzado. Se habían pegado algunas fifies y unos picogordos que aparté para mi sobrinito. Yo estaba subido en un palo de mamón y desde ahi veia Cómo aterrizaba el sol. Era un buen panorama. El sol sobrevolaba los árboles y un viento duro estreme-Cía el Campo. Todo lucía solitario. La laguna estaba inundada de pájaros que mataban su sed. A veces me ponía a imitar el Canto de los pájaros que quería para atraerlos. Me llevé dos jaulas y había enmielado los paraderos de alrededor de la laguna. A eso de las dos y media sentí que se estremeció todo alrededor de la laguna como si la tierra hubiera temblado y un huracán imperceptible procurara arrancar los árboles. Después me di Cuenta que se habían pegado tantos pájaros en los paraderos que al espantarse de pronto, entre todos, casi desprenden los árboles. Yo no me inventé el ciclón. Ojalá hubiera estado ahí para que hubiera sentido qué miedo. Entonces me puse a reparar y a preguntarme sobre qué los pudo asustar tanto. Bajé del mamón y vi plumas por todas partes. Creí que había sido un gavilán que Cargó con algunos pájaros. Pero ya ve que no fue eso, sino que algunos de los que lograron escapar de las varitas enmiela-

das perdieron sus plumas. Es que usted nunca ha cazado pájaros como se hace por acá. Caminé un rato alrededor de la laguna y me fui a subir a una ceiba que estaba al lado opuesto del mamón. Si quiere vaya a ver los machetazos que le hice en una rama, ahí también puse mi nombre y el de una muchacha muy linda que conocí cuando fui a ese pueblo. Vaya y compruébelo. No coma cuento. Entonces fue cuando vi a los dos uniformados que la justicia nunca volvió a ver. Porque así pasa. Ellos se disputaban una niña. Me di cuenta por el rojo del vestidito, porque ellos casi no se distinguían de la maleza. Se veía asustada. Era la misma que en otra ocasión andaba cazando mariposas y grillitos. Era la misma. Iba como agarrada del viento. Se la echaron a la suerte. La metieron luego en el matorral de donde no salió ni un grito. Las flores de los árboles comenzaron a caer. Creí que había sido a causa del huracán anterior. Yo tampoco les vi la cara. El sol les hacía sombra. De pronto nuevamente se sintió un sacudión ciclónico. Ellos se asustaron, porque todo lo hicieron a prisa. Miraban para todas partes como con miedo. A lo me jor pensaban que nadie nos ha visto. Algunos pájaros salieron volando llevando ramas pegadas en las patas. Días anteriores, otros muchachos fueron a cazar y por eso hasta un palo de guayaba estaba lleno de miel de pegar. Hasta esa vez se habían pegado tantos pájaros que cuando sintieron el revoloteo de los demás, alzaron vuelo con todo y árbol de guayaba. Parecía que los árboles estuvieran viajando a otro universo. Fue cuando ellos decidieron llevarse a la niña. Eran como las tres de la tarde. Ellos di jeron que la encontraron en

ese estado. Y les creyeron porque son de la autoridad. Pero a ella nadie le creyó ni jota, porque es menor de edad, dijeron, quedó inconsciente, y no hay suficientes pruebas. Quién sabe qué más pruebas. Yo tuve que mantenerme anónimo porque no me interesaba este asunto, sino mi vida. Allá nadie me conoce por mi nombre, sino por mi apodo, porque para eso son famosos los de ahí. Y ya que lo sabe, espero no amanecer reventado en ningún zanjón de esos, dándole de comer a los gallinazos. Me interesa limpiar mi apodo y que la gente sepa que estoy dispuesto a testificar en cualquier momento, antes de que el tiempo haga caducar el crimen. Aunque la verdad es que no estoy seguro de si quiero realmente hacer esto. Si llegan a saber mi paradero, estoy frito. Mejor déjeme pensarlo. Mañana me voy de caza, a ver qué encuentro esta vez. Dese una vuelta, por si acaso.

## DIOS EN MANOS DEL DIABLO

En otra ocasión me fui oliendo el rastro de unos muertos. Porque yo quería saber a dónde iban a parar y por qué se iban sin llevarse nada. No sé. Me perdí por un laberinto interminable que me tragaba vorazmente como una aspiradora o tal vez corrí con desespero hacia él. Luego bajé y bajé hasta atravesar los siete círculos. Había una constelación de luces entre las que se distinguían la roja, la amarilla y la blanca. Frente a cada una, un letrero: aquí es el infierno, aquí es el purgatorio y aqui es el cielo. Así se marcaba la ruta para prevenir a los distraídos viajeros al más allá, para que cada quien se estacionara en el lugar correcto. Porningún lado vi el letrero que dijera aqui es el limbo. En las puertas del infierno gritaban más de

mil diablos la taquilla está agotada, y entré un rato sin licencia de ninguna clase, y en realidad no cabía ni un alfiler. Vi los huesos de Judas y la tumba vacía de Cain. Algunos reclamaban el alma del Mar Muerto. Más abajo vi una fila de hombres y mujeres, todos ancianos, todos como de los siglos pasados, esperando turno para bañarse en las piscinas termales del purgatorio donde estaban unos seres indescifrables diciéndole a la gente que tienen que aguantarse un poco más, porque los hornos se han quedado sin carbón, y otros que esto es obra del Diablo, él ha saqueado las canteras e invadido terrenos que no le pertenecen con tal de satisfacer la demanda de más moradas por parte de sus seguidores. Un anciano como de ochenta años explicaba que Dios había sido secuestrado por el Diablo quien demandaba que los huéspedes de honor del infierno fueran alo jados en los latifundios del cielo y evitar así el precarismo, y que ahora se está llevando a Cabo una reunión de negociación entre las dos partes, decía. Yen esas estaban. Todos estos de la fila del purgatorio fueron los que mandaron poner los letreros, porque cuando les tocó morir se vinieron creyendo en la existencia de estos compartimientos para las almas, me dijo Camilo. En lo más profundo estaba el cielo. Tenía en todas sus parcelas, en todos sus compartimientos, en toda su extensión, letreros: se vende esta propiedad, cuidado, perro bravo. Estaban en todas las lenguas, dialectos y jergas que los apóstoles aprendieron de los constructores de Babel que llegaron al Paraíso a popularizar las lenguas. Sólo estaba vacante la parcela del cristiano de Asís. Por allá en un lado, los angelitos muertos de

aburrimiento. Los más viejos parecían desplumados reves de los gallinazos. Debajo de un árbol estaba el señor de las llaves matándose los piojos de la barba, ¡qué pende jada más grande!, le dije. Por eso a nadie le entusiasma la idea del cielo. Allá en el puro fondo vi la puerta del Paraíso y al ángel con su espada, tan oxidada como sus esperanzas, cansado de esperar a la primera pare ja que se fue a llenar de niños el mundo, sin saber que ya en todas partes se les habían adelantado. Me pidió un cigarrillo y me preguntó que por qué no te vi antes por aquí, es que acabo de llegar, le dije, me metí por el patio alambrado y nada me pasó, maldito perro, ya no me ayuda en nada, dijo, te salvas porque hace tiempo que nadie se daba una vuelta por acá, agregó, y no me había vuelto a fumar mi puro favorito. Luego me preguntó si no has visto a esa gente que se fue a esparcir la semilla de la humanidad y le dije estás loco, amigo, te engañaron con ese cuento, te pusieron a cuidar un Paraíso que la gente ya no busca, con decirte, le dije, la última expedición que salió a demostrar su existencia fracasó. Tú eres un personaje ficticio, agregué, existes porque alguien te inventó, y me mandó al demonio, porque Dios sabe que yo existo, me dijo, hay mucha gente a la que no se le pueden decir esas cosas porque se escandaliza, dijo, vete a sermonear a otra parte, le dije, y me dijo qué es esa altanería e irrespeto, te vas a condenar en el infierno, ya nadie se asusta con eso, le contesté, desde que los poderosos del mundo convirtieron el planeta en el lugar donde los pobres tienen que sacrificarse, y aproveché que me estaba hirviendo la sangre para sapear al papa y a todas las ratas que

viven en el Vaticano, llegaste con la noticia atrasada, me dijo, ya eso es cuento viejo, por eso tanta desolación en este lugar y tantos curas haciendo fila para irse a broncear en los lagos del infierno, torcieron el sentido de las cosas y se reba jaron ante Mamon, y me llevó hasta la salida, siga usted, me dijo, y saludos a tus familiares que deben estar preocupados, y aproveché para preguntarle dónde está Dios y qué hace, eso qué te importa, me dijo, ya no oíste lo que decían allá arriba, él hace lo que le venga en gana, y me acusó de asqueroso espía, y le dije que le dijera que se viniera a dar unas vacacioncitas por acá, mire que los gringos se siquen cagando en todo mundo, le dije, y andan como bestias, entrometiéndose en lo que no les importa, como si les importara mucho, y me dijo comunista, tus días están contados, porque si el Diablo no soltaba a Dios, un cataclismo iba a hacer que las almas tocadas por el poder del maligno se perdieran en las alturas de la condenación eterna, y le dije que por qué no me lee la suerte para ver si mi futuro es más prometedor, y me mandó a la mierda el pendejo ese, como a un cerdo, y me azotó las narices con la puerta. Fue cuando mi mamá me oyó renegar del cielo y de todos los ángeles y arcángeles, y me dijo lo primero que tienes que hacer hoy es irte a confesar y a ponerte con Dios, y le di je usted también con esas vainas, y caí de nuevo.

## SIN PARADERO

Las risas salían cansadas, apretadas por la oscuridad. Fue en Barranquillita. Ya sabe cómo es ahí: si lleva plata lo apuñalean y se la quitan, si no lleva le dan doble para que la próxima traigas algo, miserable, y yo como nunca anduve nada, y usted todavía no pierde el olorcito, compadre, qué desgracia tenérmelo que aguantar, porque aquí vamos a estar para rato, sabía que nos volveríamos a encontrar, así es compadre, y hoy no traigo prisa, pase y me cuenta, parece que trae un bulto de cebolla bajo el brazo, compa, se hubiera bañado para venir, porque esta no es una visita, usted con esas cosas todavía, compadre Loro, fue que me agarraron por sorpresa, que la bolsa o la vida, qué vida ni qué bolsa, y ahí mismo me despacharon

para acá, y cuando uno cae en una oscurana de esas nadie se entera ni de quién fue la víctima, hasta un familiar lo degolla, pues no se que je compadre Pepe, yo me quedé solo, desconocido hasta por mis mejores amigos y familiares, y nosotros que acompañamos a muchos a tomar el bus para acá, póngase cómodo, nadie me fue a reconocer, aunque aquí es dificil hacerlo por lo apretados, pues si, ahi estuve varios dias, esperando que alguien dijera sí, es él, vive en San Jacinto, y ya ve usted, ni los amigos de parranda se enteraron de nuestro paradero, así es esta vida, sólo para favores lo buscan a uno, pero quién lo iba a creer, usted por acá, para que no vague solo la soledad, la esperanza es lo último que se pierde, no tengo nada que ofrecerle porque todo me lo quitaron en la aduana, es que este es el otro mundo, lo malo es que aquí no hay derecho a equivocarse, compadre, pero si no somos la muerte, eso hubiera querido ser la noche aquella en la oscurana que me preguntaron que dónde la escondiste, y yo sin saber de qué se trataba, y no te hagas el desentendido, y vino un golpe por aquí y un garrotazo por acá, y que si no es suficiente, y yo que me van a matar pedazos de pendejo, y vino una cuchillada tras otra, con razón lo noté un poquito más hediondo, pues yo iba huyendo cuando me fui en una alcantarilla, el cipotazo fue tan grande que perdí el conocimiento, recordé por ahí por Puerto Mocho, cagado de sapo, y ya sabe, el tiempo no lo afecta a uno cuando está borracho, porque no se sabe dónde está el comienzo de las cosas y uno cree que está comenzando y comienza a hacer cosas que de seguro ya habia hecho, pero va uno a saber, me

imagino que desconocí a más de uno y por eso nadie me fue a despedir, sólo el sepulturero que me di jo debiste ser tan malo o tan pobre que nadie te vino a desear buen via je, espero que este sitio te guste y no te moleste que te eche encima de alguien que hayas odiado ni te preocupes por el poco espacio, es para no malgastar tierra, es que nadie paga ni una pulgada para que los desconocidos disfruten de la holgura de los muertos decentes, decía, a mí también me dijo lo mismo, lo mío fue por de jarme un kilito del polvo y me pasmaron, arreglátelas como puedas, me dijo cuando cavaba el hueco, a lo mejor los tuyos se fueron primero, me imagino que a todos les dice igual, no me diga que le dijo si tienes algo por ahí, dé jamelo, porque para donde vas no te sirve, ajá, y que le saludara a su perra Tula, el mismo favor.

La cuestión es que volví al polvo con un amigo. No me diga que ahora le interesa la política, bueno, en algo hay que ocupar el tiempo, ya que no llegan ni el periódico ni la radio hay que aprovechar al primero que venga para ponerse al día, hay unos que se vienen con cartas pero nunca encuentran al interesado y todo mundo las lee y al recién llegado le sacamos hasta las tripas, lo que pasa es que nadie sabe de nuestro paradero y algunos tienen una vaga noción de nuestro destino y escriben por si acaso y da la casualidad que el día que los envían para acá todavía andaban con la carta, porque se gastaron la plata en una cerveza, y las cosas vienen con la fecha de 13 de febrero de 1964, y uno espera ansioso a que llegue alguien con el chisme actualizado, hasta chinitos llegan a este puerto, es que ellos no ven ni por dónde andan, y ni quién los entienda, y quieren explicarse con garabatos que ni a putas, pues qué puedo contarle, porque me ha puesto en un grave aprieto, no importa, invente, usted siempre tan a jeno a la realidad, ni tanto, por algo me encontró la muerte, es duro no tener ni una limosna para los atracadores en una ciudad que usted desconoce, ahora se habla mucho de la ecología, la mujer, los derechos humanos, la paz del mundo, el cólera, los niños, el futuro del planeta, la caída del muro de Berlín sin que se cayeran los esquemas de los corazones, de la desintegración de los rusos, el despelote en el golfo, la celebración de los quinientos años de yo no sé qué diablos, y Fidel, ahí está que no quiere soltar el pez y en Mayami no caben las ratas, y en Colombia la Coca sigue siendo la bebida sin igual, y todo el mundo es Coca para aquí, Coca para allá y el país llenándose de perros que meten sus frías narices en todo y se mean en todo y se cagan en los patios ajenos porque aquí usted no me levante la voz porque yo soy la autoridad, y tome pendejo para que aprenda, y en esas estamos, usted compadre, siempre tan blandito, de jando echarse vainas, es que ya nadie puede decir yo no tengo perrito que me ladre, y qué carajo, eso fue en aquella época, ahora estamos en paz, pero así dicen los centroamericanos y a los muertos les pasa lo que a nosotros, la paz es solemne y fúnebre, y los cadáveres no se ven, ya verá cómo llegan ahorita los demás, ya yo sabía esas cosas, luego hablamos de otras, bájese aquí, no me diga que lleva prisa, si trae algún mensa je para alguien en especial, desde aquí mismo se lo hacemos

llegar, basta con que abra la boca y se repetirá en los oídos de todos, si cree que no se puede quedar no lo haga, vea que estamos tratando de crear una memoria entre todos, para ver cómo la hacemos llegar a alguna parte, para que nuestros familiares y amigos sepan exactamente dónde estamos y a ver si podemos recibir información de otras partes, si aquí hay qué hacer, para qué ponerse a vagar de un lado para otro como una estrella, piénselo, a lo mejor a usted sea el primero en llegarle las cartas, hasta le pongan luz eléctrica a todo esto y algún dios se apiade y haga un sol para nosotros, no se ría.

## **VUELO NUPCIAL**

Pasé adelante. El ambiente se puso de pie. Desde el principio sentí que me agarraron por el nudo de mi hechura, buscando el extremo que trababa toda mi integridad. En un instante y con un solo vistazo vi y sentí más de lo que había visto y sentido en mis dieciséis años. Entré ahí por la sed y me encontré con los seres más sedientos, seres que arrastraban el hambre de generaciones antiguas, nunca mezquinas para sumar un deseo a otro. Vieron en mí su ideal hecho carne, sus sueños reprimidos y sin gloria, sus cálculos frustrados por el freno de las circunstancias, intentos premeditados que se ahogaron en la medida en que crecían más y más, y que los llegó a convertir en inagotables buscadores de oportunidades, de

ya llegará la hora y verás, bandida. Todos con la misma cara de lelos desquiciados, esperando a ver por dónde se me estallaba la ropa. Nunca antes había visto tantas caras de estúpidos saboreándose en redondo el sudor y la adrenalina. Sentí que entre todos, como con una fuerza magnética, me levantaban para verme mejor por debajo. Me vi flotando sobre el fuego, por encima de un millar de lanzas, expuesta al filoso cuchillo que todos tenían preparado. Vi las bocas abiertas de los lagartos, con espumarajos de una gula sin tregua. Quise agarrarme del techo, pero todo era como inmaterial y la angustia me agarraba por el cuello. Me sentí minimizada hasta lo más hondo de mis pies. Sentí que mis primaveras naufragaban en un piso apiranado y que mis alegrías se iban perdiendo sin encontrar horizonte ni abismo. Entonces comenzaron a registrarme, a tracutear todas las gavetas de mi cuerpo, a descuadernar mi conciencia, mientras bara jaban su hambrienta voracidad de alimañas de circo, su incontrolable instinto, su dislocado corazón que nunca conoció la ternura ni los buenos sentimientos. Tenían o jos de santos detenidos en el éxtasis. Me vieron como lobos. como si fuera el plato deslumbrador de sus apetitos. Algunos me veían como cuando disimuladamente se ponen a ver a su hija de doce o trece que le va creciendo todo y quisieran tocarla como en juego pero en ese momento alguien llama a la puerta o llega la mamá que afortunadamente existe.

Sentí que sudaba hielo, como dice Gabriel. Con sólo pensarlo me deshago en agua. Todos me

querían para sí y ninguno estaba dispuesto a que otro fuera el afortunado. Porque cada hombre quiere ser el fundador del dolor en el pelle jo a jeno, el colibrí libando la profundidad del néctar en las flores que todavía no se entregan a la luz. Me sentí chapaleando en un agua hirviente, como una gallina que le suavizan el pelle jo para desplumaria. Me senti flotando en aquel vapor donde todo mundo se remojaba la boca para no perder el gusto. Nadie parpadeaba para no perderse de nada. Mis gritos no encontraban la puerta en la desesperación. Comencé a sentir un dolor tan grande que no me cabía por entre las piernas. Los vi a todos concentrados, tratando de adivinar el punto exacto, procurando aprovechar el menor descuido del otro para adelantarse en lo que ninguno deseaba quedarse atrás. Yo procuraba agarrarme de la distancia, pero estaba como una mariposa en un insectario. En el aire desvistieron mi luna, rompieron el dique que aseguraba mi miel y mi cuerpo quedó como una casa demolida por un rayo, sin lugar para ningún otro aquijonazo. Todos descargaron en mí sus cuchillos, con sus lanzas hicieron llover sangre. Mi volcán se quedó sin aire, su magma luminoso sintió que le extirparon la luz. Jamás se dijo que llovió miel cuando todos los zánganos le dieron cacería a la reina en pleno vuelo. Caí de pedazo en pedazo sobre el puño de mis últimos esfuerzos. No hallé la manera de acomodar mi figura en los escombros de mi cuerpo con todas sus gavetas desordenadas. Al libro de mi conciencia le perdieron las páginas y no hubo manera de armarlo coherentemente. En menos de diez minutos vi cómo mi cuerpo se me hizo viejo, resquebrajado,

como si una fuerza demoledora le hubiera sacudido los simientos alterando el reloj de los años. Quedé vacía, como si me hubieran extraído la respiración, perdida en la nube del dolor, en el vuelo de la desgracia, apretada por el cinturón de la muerte. Como si los perros se hubieran comido mis entrañas. Me vi en tantos sábados como ese cuando entré al bar El Come jén por algo que me aplacara la sed. Me sentí experimentando el mismo acecho, sometida a la misma levitación v empapada por la misma lluvia roja en la que se zambulleron los vampiros de esa tarde. Catalina, decían. ¡Qué cuerpo! ¡Cómo me la recetó el doctor! Lo mismo oía cuando pasaba por la construcción y lo mismo siempre que pasé por la plaza entre hombres, y hasta los mismos jóvenes, porque los viejos van reproduciendo su salmuera en los que vienen detrás para que no haya fortaleza que no se herrumbre ni herida que no duela hasta los tuétanos. Y nuevamente vi cómo se peleaban para ver en cuál gaveta o en qué página estaba la clave para desatar mi hechura de mujer, y sentía cómo me iba perdiendo en sus manos que desenredaban hasta mi última costura.

## **EXILIOS DE LUZ**

La tarde galopaba con su cola de paja encendida. El llegó dándole manotazos al aire, tratando de ubicarme con los dedos. Yo esperaba buenas noticias. Me abrí como una tumba.

- -¿Qué me cuentas? -me le adelanté.
- —No son muchas cosas. Mami todavía está sola, y ya el naranjo no florece, dijo, escrutando la luna que empezaba a meter la noche en mi destierro.

No sé cómo fueron siglos aquellos meses. El viento se me fue de los pulmones. Las amarras de los latidos cayeron hechas polvo.

- —¿Crees que pueda volver?—le pregunté. Lo hice para romper de una vez por siempre aquel bailoteo de nave anclada, o tal vez para encarar de una vez por todas la rectitud de la soledad.
  - -No lo creo, dijo. Nadie pide que regreses.

La noche se me vino encima como un borracho. El sol me lo desprendieron de un tajo del pecho. Me quedé deletreando en las estrellas, mareado por la nostalgia.

#### PROYECTO DE UN HOMICIDA

La noche empezó a borrar la pizarra del firmamento. Te busqué con la mano cuando el aire no me alcanzaba para respirar. Sentí que se me apagaron todas las estrellas. Unicamente mecentelleaba la idea de matarlo. Por la superficie del espejo subió una araña. Recordé muchas noches juntas en las esquinas de mi pueblo. Un río entró hasta mis huesos y ahogó mis peces de valor. En mis manos no sentí los dedos. El miedo me hacía pedacitos. La respiración la eché en un frasco. Ni la oscuridad sabía que estaba ahí con mi corazón paralizado fabricando burbu jas. Mis ojos miraban para adentro, viendo que manos se alargaban y retrocedían hasta tropezarse con las paredes de la noche. Yo tengo que matarlo. Algo me empujaba

los recuerdos y me los amontonaba en la boca. Afuera un ronquido seco se escapaba de los perros que ya no ladraban. Me vi el mundo sin colores. Pensé en los volcanes y en las mariposas fosforescentes que no le encontraban dirección a su vuelo. Un pájaro desgarró su canto y extravió sus alas. No tengo por qué aguantar vainas de nadie, qué se ha creído, que porque tiene más cuerpecito me va a amedrentar, se equivoca. Como se me suba el apellido, ya verá lo que pasa. No supe si era yo quien hablaba. Desde esa tarde el sol cayó como derrotado por la soledad que me iba haciendo polilla los huesos. Mis latidos ya eran como de cenizas y un silencio se me quemaba en las brasas de la infertilidad. Quise olvidar el incidente, entregarme a otro abismo, pero alguien se me asomaba al oído y me decía mátalo. El higado o el estómago me roncaba como un motor averiado y por la boca me brotaban burbujas que, en la medida en que se suspendían, se iba convirtiendo en transparentes esferas de una sangre parecida al jugo de zanahoria con leche. El miedo comenzó entonces a desarmarme. Recordé que nunca tuve enemigos técnicos, sólo teóricos con quienes puse en práctica mis nuevas armas retóricas. La lluvia tronaba en el techo como una manada de elefantes, el viento intentaba recortar las sombras y yo me hundía en la sábana para ver si ahogaba mi idea. Me fui sintiendo inmensamente pesado, los pies poco a poco se me fueron saliendo de los zapatos, hasta que éstos estallaron, y ya no pude moverme. Sentí que estratégicamente la muerte me ocupaba. Me preparaba para matar y me sentía morir como a mordiscazos. A ratos se me iba la luz y me

precipitaba por el despeñadero de la duda. En otros momentos tuve la llave para escaparme a otros mundos, a donde me poblaran otros recuerdos. Pero eran apenas chisponazos en los que la respiración no me alcanzaba para cambiar todo el aire que me envenenaba. Mi madre jamás me lo perdonaría y mis amigos se sentirían defraudados. Sé que para todos mi cara no sería más que la cara de un homicida. Con tantas cosas buenas sería recordado toda la vida por una sola mala, o a lo mejor no, porque aquí en este país los muertos y los asesinos no son recordados. Mejor le pago a alguien que lo haga por mí. Es mejor ser un cobarde, pero tener las manos limpias. A mi memoria se abarrotarían las multitudes a hacerme comer mis propias palabras, las de los hermosos discursos en las reuniones de juventud. prestigio de maestro y profesor. Matarlo sería ponerme delante de un alud. Respiraba vidrio y el sudor frío era como un cuchillo que me caminaba por la espalda y buscaba mis vísceras. Yo no quiero cagarme en la madre de nadie, me dije en plena oscuridad. No tengo ningún plan. El trabajo lo llevaré a cabo de acuerdo con la espontaneidad. De modo que no había ni día ni hora. Podría ser en cualquier parte, cuando se presentara la oportunidad. Lo único que sé es que mi víctima se ha cagado más de una vez en su madre. Ella pasaba todo el tiempo lavándole la mierda porque si no el hijo se la comía como si fueran pelotitas de chocolate. No se volvió a aparecer más por mi camino desde el sábado que asaltó mi casa y se llevó lo que más le hacía falta, digo yo. Lo peor es que me despedazó el resto y me de jó una nota amenazante. No estoy dispuesto a denunciarlo. Lo único que haré es borrarlo del mapa. No tengo por qué irme de este barrio. A veces la tristeza me hace cobarde. Pero ahora no encuentro el miedo en ninguna parte de mi memoria. Desde ese día decidí derribar mi casa y construir una nueva, para que nada me recuerde los sobresaltos de la vida y para que desaparecieran las viejas ratas y cucarachas que tiempos atrás se establecieron aquí para sembrar el miedo y la ruina. Dentro me quedé con las arañas, te jiendo silenciosamente mi futuro. Afuera el mundo se hizo sangre. Sólo tú para salvar mi sombra.

# LA MAQUINA DE LOS RECUERDOS

Alguien se olvidó de contar los días en esa casa, se comentaba, y ni las noches pasaban por ahí. Después fue lo contrario. Entré en ella cansado de la pena, como huyendo del olvido. Cerré la puerta y me puse a barajar los recuerdos. Allí estaban mis padres, muertos. El mismo día. Sin decirme nada. Solo, frente a ellos, poniéndole una flor en la mano de cada uno. No sé de dónde las sacaron, pero se fueron con una flor roja apretada en sus dedos. Sí. Para que fueran tiñendo el camino, para que me dejaran un rastro que después yo buscaría. Pero el tiempo se olvidó de mí y yo no me di cuenta que ellos se hicieron polvo

esperando que fuera a regar sus pasos. Nunca pudieron salir de la sombra y yo sin saber que la eternidad me privaba de las cosas más elementales de los seres humanos. El viento se quedó un rato dando vueltas, después se fue como si alguien hubiera pinchado el globo de la casa. Me quedé revoloteando por un instante hasta que cai sentado en la antigua mecedora que estaba en la sala de adentro. En la misma mecedora, mi abuela, en otra época, purgó sus tristezas y otros recuerdos mirando hacia el tragaluz, como esperando a que alguien o algo bajara a reacomodar sus sentidos. El vidrio del día se comenzaba a rayar en algunos rincones a pesar de ser como las dos de la tarde. Me quedé inmóvil, tratando de evitar que el olvido me encontrara. Un frío me bañó los huesos, como la vez que me enteré que era un desconocido por no haber salido un día y una noche de la casa. Me froté el pellejo y lentamente me fui meciendo con una sincronía de péndulo. Sonaba como una maraca de gaitero chambón. Creo que fue entre despierto y dormido que sentí que toda la arena del cuerpo se me bajó a los pies. Quise sentir mi cabeza llena de piedrecitas, pero el caminar de manos no era mi especialidad, además que la sangre me terminaría de ahogar los recuerdos, aunque hay cosas que se recuerdan con las manos. Me puse a esperar la noche mientras observaba las esquelas. El sol continuaba pegado en el tragaluz. El cansancio de la ocasión me paralizaba. Los rincones grises nunca llegaron a cuajar en noche. Cerré los ojos para entrar en ella pero se me fue hasta de los recuerdos, dejando todos los soles del universo encendidos. En un llanto flotaban mis padres.

Estaba como lloviendo para arriba. Creí que me iba a ahogar en lágrimas. Subí los pies en la mecedora para no mojarme. Una puerta abierta se cerró sin ningún viento. Nadie que entrara ni saliera. Seguí meciéndome mirando para todo lado. Mientras una hormiga olfateaba en la pared la memoria de sus compañeras yo procuraba mantener la atención sobre las cosas. Los fantasmas no existen, me dije, y yo no creo en aparecidos. Pero no pude apagar la incertidumbre. Se le teme a los vivos, los muertos ya cruzaron la frontera. Algo filtró mis huesos. Sentí como si me hubieran puesto un vestido por dentro o encajado una figura exacta a mi en todo. Como cuando le pones luz a todo lo que está oscuro por dentro y la negritud se te sale y sientes que lo de afiera está dentro y lo de dentro Comencé a caminar para atrás a una velocidad que yo mismo me perdía en ella. Me iba como deshaciendo por todo el trayecto. Como si estuviera tratando de alargar mis manos para recoger mis más antiguos recuerdos, allá no sé en qué año. Como si estuviera recogiendo flores desde un caballo sumamente gigante o como si me pusiera a contar las hormigas desde las estrellas de Plutón. Cuando regresé y encogí mis manos, me encontré sin palabras y no hallaba cómo pensar las cosas porque nada tenía nombre. Yo creí que era un sueño. Y ahí estaba la realidad y la luz pero yo no podía tocarlas. Se iban a través de mí como si yo no existiera. Se me deshizo el pasado como un viento en las manos. Y estaba en casa sin saber que el tiempo dependía de un frasco que calculaba los pasos del sol. Seguí meciéndome tratando de agitar el agua, para ver si mi via je desembocaba en

otro mundo menos estático, donde el movimiento no dependiera de un desperfecto que desequilibrara el orden en que estabay crear así un ir yvenir que no llegaba a ninguna parte. Las ideas a veces encontraban de donde agarrarse y se me arremolinaban en el lugar menos apropiado, y unas a otras terminaban por devorarse.

La noche extravió su brújula hasta que una vez yo la hice entrar por la ventana, me dijo Mario, un señor que pasó por ahí un día de la mano de su madre. Yo le di je a la vie ja mire, ahi parece de dia, pero ella no me hizo caso. Después regresé con un amiguito. Era de día. Por necedad nos pusimos a tirar piedras y quebramos el vidrio de la ventana. Yo oí las piedras y cómo se disolvió el vidrio en el piso. El tiempo petrificado se deshizo como un hielo y un vientecito lo terminó de revolver hasta echarlo a andar. Vi cómo la casa se llenó de noche. Las sombras iban lamiendo el piso, olfateando las paredes, como averiguando si por ahí habían pasado alguna vez. Esa noche me di cuenta que existía la luz eléctrica. La costumbre halló el camino de la puerta en aquella súbita oscurana. Al frente de esa casa vivía Jaime, fuimos amigos desde pequeñitos. Cuando pregunté por él me dijeron aquí no vive nadie con ese nombre. Pronto me enteré que era un desconocido en el barrio y todo era nuevo. Mi casa era la más antigua y la única sin luz eléctrica. Instalaron una panadería en la pura mitad de la cuadra. El panadero, bastante mayor, me dijo que yo aún no me había casado cuando empecé a notar que esa casa pasaba todas las noches encendida como si el sol estuviera en lo

más alto, y otra cosa, dijo, cuando se dejaban venir los aguaceros no le caía ni una gota. Nadie me dio razón de mis amistades. Dudé de mí. Supe que me llamaba Oscar y que tengo diecisiete años. Ahora me entero que soy capricornio, pero a mí no me importa eso. Mi madre nunca me dijo si tenía más familiares. Es que ella se vino de su país y se casó con un hombre que tampoco era de aquí. El viento empujaba el mes de noviembre, frío y tierroso. La ventana, no puedo dejarla sin vidrio, alguien se puede meter, pensé. Medi con cuartas el tamaño del vidrio que necesitaba. Vendi un radio antiguo a un coleccionista que me recomendaron y fui a la ferretería. Una vecina me regaló una linterna de mano que ya no usaba y todo quedó como para descansar tranquilo después de saber que eres un joven que no ha tropezado con el tiempo. Eché un vistazo por toda la casa y sentí hambre. La casa era grande, con un patio, dos salas, trcs cuartos, una letrina y estaba llena de recuerdos antiguos. En el cuarto donde me acosté había una cama y una hamaca, un baúl, una mesita negra sobre la que cstaba un florero con unas florcs desmayadas. Me anto jé dormir cn la hamaca para seguir meciendo mi eternidad. Esa noche desperté sobresaltado. Un escándalo de gente y un estrcmecimiento me arrancaron del sueño. No sé a qué hora busqué en la oscuridad mis abarcas, cuando un demolcdor golpc deshizo el frente de la casa. Enseguida el gas del día agarró por el cuello a la noche, yo vi cómo se ahogaban las sombras, y en un santiamén la luz descuartizó hasta los resabios de los rincones. La orientación se me perdió en el miedo. Cuando me vi fue en la multitud dispuesta a linchar a cualquier

mal espíritu que saliera enloquecido por las oraciones y ayunos que en estos tiempos todavía se practican. Algunos gritaban fuera, Satanás. estableció el reino de las tinieblas ahí, me dijo Corlna, una anciana doblada por los años. Hicieron polvo la casa, aquel lugar donde no alcancé a tocar los recuerdos de mis antepasados, con todo el tiempo que tuve. Por lo pronto iba a ser un lugar de nadie, porque carecía de un papel que me acreditara como dueño. En mi tiempo eso no era necesario. Pero la beatería, de la que siempre fue enemiga mi madre, se creyó con el poder para enterrar los sueños de un joven que escapaba de la tristeza. Pensar que no tuve tiempo ni para un mal pensamiento. Tiempo después compré el lote. La arena en algún rincón se fue haciendo segundo, y de nuevo regresaron las horas y la edad. aquellas cosas que nunca me tocaron porque yo estuve siempre antes que ellas y no tuve por qué encontrármelas en aquel día y aquella noche, fueron ocupando poco a poco un estratégico lugar en mi memoria. Mi madre me di jo que hay que vivir mucho para saber lo que no se ha vivido, lo que se ha de jado sin tocar. Nunca de jes que te muestren el mundo, me aconse jaba, porque lo verás girar sin saber por qué. El tiempo me dará la razón, aseguraba siempre. Ahora es que me doy cuenta que la vida tiene sólo una dirección. Por eso es que quiero darle vuelta a mi vie jo reloj de arena.

## **EN ESTE RINCON DE ABAJO**

Bajo este techo me invadió incontables veces la noche. Desde aquí sentí tu fantasma recorrer ese camino, tocar a la puerta y llamarme con insistencia de niño que se ahoga. Yo me hacía pequeñito en la oscuridad del silencio. Oí tu respiración tratando de apaciguar el caballo de los deseos, agitada y recostada a la pared como queriendo adivinar la posición de mis latidos. El pecho se me alargaba cuando escuchaba que tus pasos se alejaban sin haber podido atravesar la distancia. No tenía que meter la cabeza debajo de la almohada ni que ocultar mi rostro en las manos para sentirme enteramente apagado. Siempre quise que la pared tuviera rendijas en la misma dirección que te marchabas para poder seguir tu rastro de gaviota

alucinada. Era como si alguien te hubiera prohibido este rincón de abajo. Sobre este techo infinidad de veces oí picotear el pollito de la lluvia y sentí arrastrarse la cucaracha del viento. Sentí que las estrellas no me miraban, que la luna ni se aparecía por estos rumbos y que el sol, por ser quien es, no le quedaba más remedio que alumbrar también para mí. Los días y las noches de octubre fueron los más oscuros y fríos. Aquí, en ese tiempo, la noche plantó su ciega tempestad que se prolongó hasta noviembre. Las goteras me hicieron ir de un rincón a otro, tratando de localizar un pedacito de tranquilidad, donde poder recostar mi cansancio de hombre que espera que nunca lo encuentren. De la tierra empapada crecía un frío que se me enredaba hasta en los huesos. Hasta las ideas se me enfriaban, se me hacían hielo. Las fiebres, por más que me tapara de pie a cabeza y por más sábanas que me echara encima, no alcanzaba a sudarlas. Me pasaba igual que cuando me mordió la culebra: me dieron ron de contra y me taparon con plásticos y muchas sábanas, y lo único que me salió fue un temblor y un frío como de perro. Mis fiebres nunca llegaron a ser calientes. Uno cuando huye pierde hasta la temperatura, hasta el olor, para poder pasar por cualquier parte sin ser detectado. Yo con la certeza de que Julia me podía curar, pero desconocíamos mutuamente nuestro paradero. Algunas veces llegó a mis anteriores escondites cargada de soledad, hambrienta de cariño, dispuesta a desembocar en el río del deseo. Y nos amábamos como queriendo encender todos los oscuros laberintos de la frialdad. Nos abrazábamos sin vernos, sin mirarnos a la cara. Sólo nosotros

sabíamos que aquellos dos seres entregados afanosamente a la conquista del fuego, éramos nosotros. Nos gustaba batallar en la oscuridad porque era la única manera de abordar la alegría y porque era la única manera de que nadie se enterara cómo un fugitivo se abrazaba a la ternura. noches no alcanzaban. Temíamos que alguien se asomara, porque cuando íbamos entrando a la parte más alta del universo, la admiración de aquella maravilla conmovedora nos hacía exclamar gritos de júbilo. Ella con más miedo que yo. No me importaba morir en aquel instante, sintiendo lo que tenía que sentir, dispuesto a hacer lo que fuera por seguir tocando la felicidad, a pesar del suspenso. En este tiempo eso es más difícil. Lo más ventajoso de este lugar es que no se oyen las continuas solicitudes en la puerta de la calle. Allá sólo el avión de los árboles oí sobrevolar, los perros queriendo morder el aire y los gatos reencontrándose con los pasos de noches anteriores. A veces una mariposa nocturna sobrevolaba nuestras llamas. Pero esos tiempos se acabaron, se los tragó la tierra o volvieron por donde llegaron. Nunca encontré la manera de retenerlos. Creo que fue lo artificioso del amor, las fórmulas, las preguntas de siempre, ¿me amas? ¿por qué no nos casamos? El amor tuvo miedo de volver, esto no es conmigo, dijo. Pero las mujeres se pasan la vida No se atreven a ser felices sin esta confirmación. Siempre quieren atar el amor a promesa y juramentos que a veces ni el viento puede arrastrar. Las herramientas que no se usan asiduamente se herrumbran, y el amor es una de esas herramientas que hay que mantener en constante ejercicio. Sin ésta no se transforman las cosas. No creo que este tema requiera de tantos artificios. Para cruzar al otro lado del río sólo hay que echarse a nadar. Pero lo que comienza con tantos ritos pronto se evapora. Nunca más tuve la alegría al alcance de mis manos. Entonces fue cuando comencé a hablar con la noche y con todo lo que se moviera en este rincón de abajo. Con el tiempo ya casi no quedaba espacio para mí porque mi refugio se llenó de tantos fantasmas y recuerdos, de tantos mosquitos y cucarachas, hormigas y arañas, que tenía que tomar la escoba y matar cientos de cada uno de esos bichos para poder poner los pies en el suelo. Las paredes se fueron poniendo mojosas, las telarañas se llenaron de hojas de naranjo que el viento metía y un polvillo blanco fue cubriendo la madera que sostenía el techo. La luz no alcanzaba para acomodar la oscuridad en un rincón. La frialdad encogió las hojas de los libros y de los cuadernos y a los lapiceros se les coaguló la tinta. A veces la noche me servía para recordar, pero también para sufrir el dolor de los que estaban le jos quién sabe dónde v en qué situación. A lo mejor yo era el más afortunado de todos aunque no pudiera poner un pie en público. En mis sueños nadie hablaba. Lo primero que perdía era la lengua que se me paralizaba tras un aullido de pavor. A la mañana siguiente no me atrevi a pasarme la mano por el cuerpo porque me sentía despellejado. A veces me despertaba sobresaltado gritando yo los vengaré, y la noche se los llevaba, y volvía la cara para decirme eres el último y el próximo. Me di je que la familia no se puede acabar, hay que perpetuarse

de alguna manera. Me olvidé de las cartas, de los piropos, de las tarjetas amorosas, de las flores, y le dije te espero todas las noches y me encerré en este rincón de abajo a esperar que ella llegara, a esconderme de la muerte que me andaba buscando.



### LA VI POR LA VENTANA

Jamás creí que ella iba a ser capaz de eso. Pero lo hizo. No sé si en buena hora. Pero me encerró. Si alguna vez cometes un delito y la policía no te encierra, yo lo haré, dijo el día que comenzó a sospechar de mis actos. Es que las madres son como adivinas, poco a poco se van enterando de todo, hasta con los detalles de las cosas. Creí que bromeaba, porque todo el tiempo me cansó con la cantaleta de la próxima vez que hagas esto te va a pesar, que sea esta la última vez, o si no, ya verás. Y nunca me hizo nada. Con mis quince años fui tomando alas. Hasta creí que podía burlar cualquier sospecha y escapármele de las manos, como lo hice de la policía. Como era menor de edad. Sus palabras ya no me asustaban

y para mí eran necedad de vieja. No sé cómo hizo, pero cuando llegué me encontré la casa totalmente enrejada. Ella estaba esperándome. De aquí me saldrás el día que yo me muera, me dijo. No pude hablar. En ese momento no recordé ninguna palabra. Me llevó hasta el patio donde estaba una jaula grandota donde se podía colgar una hamaca. Este será tu cuarto, dijo.

Mi padre nunca se enteró de esto, porque la madrugada del día que lo iban a trasladar a la celda de alta seguridad le propinaron tantas puñaladas que cuando fueron a hacer el levantamiento del cadáver lo tuvieron que recoger con una pala y una escoba para echarlo en una bolsa. Se supo que era él porque era el único que faltaba en el grupo. Mi mamá no estaba dispuesta a que yo corriera igual suerte. No tuve tiempo de hacer nada ni ella me lo dio. Muchas veces me le escapé y estaba sobreadvertida. Apenas tuve tiempo de ver la calle a través de la ventana. Un niño iba de la mano de su madre. un perro sostenia una pared con su pata y una golondrina abanicaba la calle con sus gor jeos de verano. El viento había deshecho las cometas de agosto y el sol estaba pasando a las tres de la tarde. Un sudor frío me goteaba en el pecho y los huesos me flaquearon en aquel instante. Llegué a sentir su mano asfixiándome por el brazo con tanta fuerza como si apretara a un muñequito de trapo. Esa vez no tuve la menor duda de su propósito. Creí que eran sólo arrebatos que no durarian más de dos días. Pero yo le había terminado de endurecer el corazón que mi padre comenzó a marchitar. Al parecer estaba condenado a pagar la deuda que mi

padre no alcanzó a pagar. Ya no eres mi hijo. Considérate muerto para mí, fue lo último que me dijo. Dos días después de mi encierro se murió una tía que estaba con nosotros, pero que nadie nunca vio porque era medio tonta y loquita. Estaba en un lugar aparte para que las pocas visitas que llegaban no la vieran. Entonces mi madre comenzó a decir que el muerto había sido yo. Muy poca gente vino esa vez al entierro. Al parecer nadie preguntó de qué murió ni a nadie se le ocurrió ver cómo era el difunto. A las cuatro de la tarde del tercer jueves de agosto me enterraron. El verano todavía no me ha hecho polvo la memoria. Yo apunté algunas cosas en un pedacito de hoja que entró en la jaula. Todo mundo quedó convencido de que yo no existia. Y así es. Porque cuando uno no existe para la madre, para nadie más existe. Creo que yo mismo me maté cuando me metí en esas cosas.

Pocas veces se acercaba. El día que no aguantaba más el encierro me puse a gritar para que los vecinos se enteraran de lo que fue capaz conmigo, pero ella vino y me di jo si sigues abriendo la boca te corto la lengua. En ningún momento dudé de su amenaza. Preferí callar para conservar la lengua, diciéndome ya tendré la oportunidad de hablar con alguien. Yo esperaba que ella me perdonara, pero mi padre se le atravesaba por delante y me veía como a él. Delante de ella bajé la cabeza. Nunca más me atreví a mirarla a la cara. Al principio, cuando me dejaba la comida sólo musitaba ahí tienes, come rápido para que no se te llene de moscas, después ni palabra. Comí con la mano porque no me daba cuchara. Fueron casi

cincuenta años comiendo con las uñas que me cansé de comérmelas y me crecieron enormes.

Al principio parecía que el tiempo no pasaba por aquí. Después no me interesé por llevar la cuenta. Todo se me fue perdiendo en alguna parte del recuerdo. El mundo se me hizo lo más extraño. como un túnel interminable. A veces soñaba que estaba en un pozo extremadamente angosto. Preferia tener la mente en blanco, de modo que me dediqué a borrar todo lo que me atara a la realidad. Para encontrar divertida aquella tarea ociosa y con el fin de prolongarla frente al aburrimiento, me entretenía borrando letra por letra todos mis pensamientos. Unas veces lo hacía de atrás para adelante y otras de adelante para atrás. Eso fue cuando aún pensaba ordenadamente. Después todo se me descontroló y borraba a como saliera. De eso sólo me quedaron pedazos de lucidez. La única imagen que nunca logré borrar fue la de mi padre. Se me quedó tan grabada a pesar de que la tuve que armar de a pedacitos. Siempre se me subía a la memoria tal como lo vi por la televisión con una serie de números colgando en el pecho. Siempre estuve convencido de que mi madre vio toda la vida esos mismos números colgando en mi pecho.

Una noche, pasado mañana van a ser diez años, ella tuvo que ir a buscar a una vecina. Me siento mal. Me estoy muriendo, oí que le dijo. Tendría algo más de los ochenta años. En el almanaque había ido tachando los días. Al parecer estaba esperando la muerte desde hacía mucho tiempo. La vecina vino y le cocinó algunas hierbas.

Al día siguiente la escuché hablar con la vecina, tira este envuelto en esa jaula, le dijo. Jamás me imaginé que la libertad me iba a llegar por medio de una de las vecinas que yo odiaba más por sapa. Esa tarde murió mi madre. En el envuelto que la vecina tiró encontré tijeras, las llaves de la puerta, unos zapatos, máquina de afeitar y una de las mudas de ropa que había de jado mi papá. Además una carta de su puño y letra que leí en el momento. Salí del patio saltando las tapias de los patios vecinos. Entré por la puerta de la calle tal como ella me lo pidió en su última voluntad. Llegué en calidad de sobrino heredero. Dentro no cabía la gente. Todos se acercaban a darme el pésame y a preguntarme que si venía del interior del país porque estaba como un papel. Les conversaba con las pocas palabras que recordaba. Cuando me acerqué al ataúd para verla por última vez, ella abrió los o jos como para ver si tenía la misma cara de incorregible. Casi quiso decir algo pero no pudo. Los funerales serían el viernes y se anunciaban por radio, el periódico y la televisión. Mamá era una señora distinguida y respetable. Todos alababan sus méritos. Ella fue la fundadora de las guarderías infantiles y de los ancianatos en el pueblo. Dedicó su silencio a recoger a los menesterosos y atropellados por la guerra y las drogas. La gente me hablaba muy bien de ella. El cadáver fue velado durante tres días. A las tres y media de la tarde del viernes ya no cabía la gente frente a la casa. Sólo en el estadio nacional había visto tanta gente reunida. Mis o jos se pusieron llorosos al recordar que el día que enterraron a mi padre sólo fue ella y el sepulturero a echarlo en un hueco. Casi tres horas duró pasando la multitud que acompañaba a mi madre a su última morada. Yo la vi por la ventana, tal como ella me lo pidió.

## LAS MIL Y UNA BESTIA

Me dejé arrastrar por los recuerdos. Aquí el viento es muy arenoso y le cuesta cortar la distancia. El sol se pone fulminante y el aire tóxico en estos pueblos encementados. Por eso es que la vida se va tan rápido, casi sin llegar, y la noche no alcanza ni para recuperar las fuerzas. Tarzán no hubiera sobrevivido a esta rutina de humo. Mariposas y cigarras sacudieron mi pecho, después toda la selva que huía del diablo con cierra se refugiaba en mí. Fue como la vez en que todos los animales habidos y por haber, incluyendo al come jén, entraron en la barca de Noé. Esta vez yo era el ocupado. Por eso es que la noche no alcanza para nada, porque todo el tiempo se lo tiene que pasar uno abriendo y cerrando la puerta a todos los seres que

se le antojan meterse en uno. En un instante me vi habitado de flores y aromas. Las frutas me embriagaban. Toda la noche pasó lloviendo pájaros, y en mí hubo lugar hasta para los peces y las últimas ballenas. Todo fue inevitable, como si desde antes todo estuviera en mí. Sólo esperaba la noche para recobrar vida. La arremetida del viento de los fantasmas abrió todas las puertas de mi memoria v todas las burbujas buscaban un camino para escapar de mi subsuelo que despertaba a la vigilia. Hasta pulgas, chinches, cucarachas y garrapatas me invadieron. La sangre se me helaba y la hubiera querido veneno, porque hasta los mosquitos se apuntaron para armar el despelote, después llegaron las pirañas como quien no quiere la cosa y se me metieron portodo el cuerdo. Me quise levantar. pero raíces me fijaban en la cama, como si Mandrake, con un ademán hipnótico, me hubiera paralizado. En ese momento no encontré el grito y me quedé gesticulando en el force jeo. Las gallinas escarbaban en mi pecho buscando lombricitas para sus crías y lo que encontraban eran armadillos. Las jirafas se alimentan con mi pelo y un topo me andaba en los huesos mientras una vaca lamía y lamía mi espalda con su lengua de lija. A veces era el ratón perseguido por no sé qué gato, y en lugar de correr hacia adelante corrí hacia atrás. El cangrejo de tanto hacerme mosa se quedó caminando en reversa. Todo ni cuerpo tenía helechos y de mi ombligo surgió una fuente donde lavé mis tripas para que no se me pudrieran. Me sentí como un lince sin pelle jo. No sé cómo adquirí el poder de transformarme como esos bichos de las fábulas, pero yo me sentía igualito a Mackandal. Llegué

a ser todos los árboles, plantas y hierbas, hasta la de fumar, todas las aves, todos los peces y todas las bestias que no sé contar. Tampoco supe cómo fue que me meti en seme jante beren jenal. Pero, por la gran puta, de increíble no tiene nada. Sentí como si me estuvieran cambiando a cada rato el organismo para que pudiera ser todos esos bichos y poder estar en todos los climas. En la profundidad del mar me abordó una encantadora sirenita quinceanera que me pidió que le hiciera el amor y yo le pregunté que por dónde, qué falta de imaginación, me dijo. Y en aquel aprieto yo alegué no me alcanza la respiración para una luna de miel tan profunda. Ella me miró con ganas y yo rechacé su afán. Es que hay momentos en que a uno se le ponen los mojones en cruz.

Fui una barca embestida por las tempestades y desgarrada por las piedras cuando pasamos bordeando la costa en busca de otro puerto. Pero hay otras cosas desagradables. Vieras el asco que sentí cuando me vi cagado por todos los animales y la gusanera que se me hizo en el pecho y aquel mosquero atraído por la hedentina insoportable. Con decirte que hasta los gallinazos tuvieron que usar mascarilla. Fue como la vez aquella que el borracho se echó un peo en el velorio que hasta los retratos y las estampitas de los santos se taparon las narices. Eso no fue nada. Fue me jor el otro, el de los tres tipos que apostaron mil pesos para el que se echara el peo más hediondo. Pasó el primero, y se secaron los árboles y las flores de a un kilómetro a la redonda. Vino el segundo, y pasó lo que con el borracho y los gallinazos. Cuando el

tercero se preparaba para superar los primeros, comenzó dándose golpecitos en la barriga. Con el primer erupto que le salió fue suficiente para que los ángeles y toda la corte infernal se amotinaran por irreverente pestilencia, y todo mundo gritaba que no pe, que no pe, mientras se caían de espaldas. Sí, pero yo trataba de aguantar la respiración pero me ahogaba y pedi aire, aire, y llegaba mi mamá y decía este muchacho está disvariando, dónde vamos a encontrar aire a esta hora, y me sacudí para desacomodar mi pesadilla, pero al otro lado de la almohada me esperaba un pulpo que me sumergía otra vez en el abismo del pantano, donde no funcionan las ondas telepáticas de Acuamán. Arrié todos los peces montado en un caballito de mar. Cuando empecé a organizar las competencias anfibias, la señora tortuga me dijo gracias señor, pero no puedo y tampoco me interesa, me siento demasiado agotada y quiero reponerme porque la semana que viene tengo un duelo con la liebre que se quiere desquitar, y le desee buena suerte y la felicité por las plusmarcas establecidas por el paso más calculado, el trayecto mejor recorrido y la medalla a la paciencia y al premio al lema a la armonía: tarde pero segura. Cuando fui una inmensa ceiba, tigres y leones se escondieron bajo mi sombra y le encontraban sitio a su larga siesta. Hasta hormiguita. Pero qué dificil ser hormiga: tener que moverse en un mundo de gigantes que no se fijan dónde ponen su pata para no aplastar o estrujar a alguien. Pero nadie que se vea casi tocando las estrellas se va a poner a reparar en pequeñeces. Fui selva entera, ya te lo dije. El viejo e ingenioso hidalgo hubiera hecho en mí muchas

aventuras, pero sin caballo, porque a Rocinante se lo hubieran cargado los mosquitos, al menos que también le hubiera puesto alas o lo hubiera forrado con algo especial. Como a ese loco se le ocurría cada cosa. Tan flacuchento que uno se pregunta de dónde le habrá venido ideas tan gruesas y profundas, si con un alfiler se le podía atravesar y nada de sangre. Me imagino que si le hubieran dicho que por acá andaba Dulci, sin duda, y a lo mejor, se embarca en la búsqueda de la fuente de la eterna juventud y tener vida para disfrutar de su dorado sueño y único sol. Es cierto que las ardillas me hicieron cosquillas mientras me orientaba y me ayudaban a quitar los cadillos de la ropa. cebras me recordaban las pollinas, pero nunca pude montar ninguna de estas burras rayadas. No sé si gritaba, pero el espanto era terrible cuando los escorpiones comenzaron a metérseme por la boca y las narices. Todos se despertaban y mi mamá en carrera qué te pasa, muchacho del carajo, despierta, pon la cabeza de este lado, y ya, no ha pasado nada, y me pasaba la mano por la cabeza para espantarme los fantasmas que se me filtraban en el sueño, y le decía a mi papá tienes que abrir el o jo, porque en una sola noche le están pasando muchas cosas, es la falta de mujer, comentaba él, lo que lo hace divagar tanto en las noches, y ella se iba y me de jaba caer de nuevo en el abismo sin fin donde fue a parar la Atlántida y se pudrió el Titanic. Vi a la gente disfrazada, de sapo unos y de peces otros, pálida de nunca ver el sol. Estaba como mojosa por la frialdad y yo me reia y se me cruzaron las líneas y se produjo en mí un escalofrío que me dejaba hielo cuando cocodrilos y serpientes enormes me pasaban por encima. De miedo el corazón me flotaba y con sus latidos alertaba a toda la selva. Por las noches, porque el sueño también tiene días, las arañas me tejieron una hamaca y los monos me arrullaban como a uno de los suyos. Es algo así como el cuento de Burroughs. Me quitaban las garrapatas y los piojos. Dormí vigilado por el centinela búho que de vez en cuando rompía la noche con su canto. Cinco veces una estrella hundió sus manos en mis ojos y la luna bajó y se acostó conmigo, aliviándome así del romance frustrado con la sirenita. Me daba besitos calientes que me estrangulaban el aliento y me transportaban por todo el universo. Durante el viaje no alcanzó a decirme de dónde es que vienen los extraterrestres y por qué razón es que la virgen siempre te está aplastando. Apenas si pude ver a la Interprai, divagando, sonámbula en sus idas y venidas, y por allá, en el rincón más oscuro, vi la prisión galáctica. No sé cómo fue que estuve en varios lugares al mismo tiempo. De seguro sus besos tenían algo extraño o algo me dio de beber de sus pechos. Mi mamá siempre me previno de no tomes nada de nadie si no sabes qué es ni de dónde salió, hay gente que está sólo viendo cómo le hacen el mal a los demás, decía, en cualquier trago te pueden echar un poco de burundanga y hasta ahí llegaste. Tampoco supe por qué el tiempo se me agotó tan rápido. La vía láctea y todo se me hizo pequeñito. Su cuerpo era veloz y sus movimientos inaprehensibles. Se me iba de las manos como un pez, como el viento. No pude retenerla. Esta vez me quedé flotando en la nube de mis deseos y no tuve duda de mi respiración ni del aire. El sueño no

da para todo. Pasan tan rápido las cosas porque vienen otras y otras que se pelean la puerta, y uno no puede decir congélame esa imagen, imprime eso para que perdure en los siglos, o distráela un poquito más para absorbérmela. Las cosas van y vienen con una inconstancia. Entran como a aceitarnos los recuerdos, a parapetarnos la máquina de la memoria para poder deslizarse en bandadas como fantasmas infinitos por las galerías del pasado y de lo que no llega a este presente oxidado en el polvo. Ella quedó libre y yo roto y desbordado, como un planeta que pierde su aire y poco a poco se va derrumbando. Lloré románticamente v de nuevo mi madre se acercó, mojada por la preocupación, y ahora qué te pasa, no me has de jado dormir tranquila, decía, parece que algo te atormenta y no me lo quieres decir, habla sin miedo, soy tu madre, no te me pongas así, los hombres no lloran, dijo mi papá, y mucho menos a las dos de la mañana. Pero yo estaba como atado a otros hilos, viviendo otra suerte. Estaba perdido en la selva de la noche, tratando de amarrar los recuerdos para encontrar el camino, cuando me encontré en la aldea de los Pitufos y ellos me trajeron de regreso. Esperaba ver el avión invisible de la Mujer Maravilla pero nunca se apareció.

Yo quise saber en qué paraba todo aquello, y a la siguiente semana me encontré navegando en otra nave. Debajo de mi almohada un avestruz escondió su huevo, después era de tortuga, no de las ninyas, luego se convirtió en una ballena y por último en un hipopótamo, y lo vi hermoso y no entendí por qué comparan a las suegras con los

hipopótamos si ellas no tienen comparación. Me di otro chapuzón para bucear el paradero de la sirenita quinceanera, porque la luna sólo me abrió el apetito, pero me precipité en una catarata y al intentar sostenerme me encontraba en el lomo de un cameilo o un dromedario, no sé, pero ahí estuve como una pelotita de pimpón, rebotando en dos gibas, bailoteando en la cama con aquel sube v baja, y comencé a tocar el agua y de nuevo al río y el precipicio de agua tirándome de los pies y yo agarrado del chorro de espumas y lo que tenía en ias manos era ia cola de un cocodrilo que ya se iba, y yo gritando alguien que me ayude y ni Supermán con su superoído ni nadie, y yo queriendo desmaterializarme como Kalimán pero nada. A mi mamá no le cuento esto porque dice que es por pasar todo el día leyendo o viendo televisión en vez de buscarte un trabajo, dice, la situación no está para esas pende jadas. Estuve varias veces a la merced de los leopardos, coyotes y hienas, y esperaba que apareciera el Jefe apache cuando estuve en las fauces de un tiranosaurio, imaginate, y en los anillos de una contrictor, sin aire ni para decir sálvese el que pueda. Llegué a desear la fuerza de Kincôn o no sé si dije por el poder de la selva reclamo la fuerza de diez tigres o si vinieron los Tundercats, no recuerdo, pero quedé tan atontado, me desmayé y hasta me caqué del susto. Creí que en un caso como éste se ameritaba la presencia de los Superamigos o de los Defensores del Universo, pero ni el Chapulín Colorado, no conté con la astucia de ninguno de los mutantes y alquimistas de Walt Disney. Quedé naufragando en un mar que nunca alcancé a descifrar. Yo deseaba la máquina

del tiempo para viajar al valle de las amazonas y raptar a la más hermosa de todas o para regresar a mi siglo, a mi año, a mi mes, a mi noche y a la hora exacta de mi descanso para estar despierto a la hora de mi examen de Semiología, pero Holiwood era el dueño y señor de tales aparatos y sólo él sabía dónde estaba la entrada del túnel del tiempo. Era como una película china de mil contra uno que le patea los cojones a todos, o las películas de Rambo donde este arquetipo siniestro es capaz de descuartizar a ejércitos enteros por ser un excelente discípulo de las artes de matar y porque la libertad y la paz del mundo así lo reclama. Era como volver a ver a los nazis incinerando judíos o a los gringos quemando camboyanos y niños vietnamitas. Y los siguieron quemando tantas veces en sus cinemas para convencer al mundo de que de veras tenían que ser convertidos en cenizas esos pueblos bárbaros, escorpiones de la inconformidad que sólo han construido el infierno, y porque nosotros tenemos el permiso directo de Dios para hacerlo así en cualquier parte de este planeta, y si ellos no reinaban tampoco nadie, porque para eso inventaron la bomba y tenían que honrar a sus héroes y reivindicarlos todas las veces. Claro, y por eso los convirtieron en los magnificos defensores de la paz y la justicia, porque eso eran los excombatientes y nadie tenía por qué decir lo contrario, y esto es para que aprendan, pendejos, y sepan quién es el que manda aquí, y yo deseando despertar, pero me agarraron entre tres y me inyectaron un somnifero, y cuando recordé la cabeza me daba vueltas y me pesaba toneladas, el cuerpo no me respondía y mis pestañas superiores fueron atadas

con las inferiores, de modo que no pude ni siquiera abrir los ojos para ver dónde estaba, y no entendí cómo es que uno sigue viendo con los o jos cerrados y sellados, y creo que es porque, como lo dije antes, todas las cosas están dentro de uno pasando por la máquina de los recuerdos, empujadas por el viento de la noche, yo hice las maneras de correr o volar, pero mis pies no encontraron suelo y a mis brazos no les salieron plumas, entonces, carajo, patitas para qué las tengo, y comencé a gritar saquénme de aquí, y alguien me dijo que es inútil que grites porque nadie te va a oír, y no me quiso decir quién diablos era, tenía una voz de matón legítimo, y seguí gritando para despedazar la noche hasta que saqué de los quicios a los demás que derribaron la puerta y me ataron completamente para que no muevas ni la pepa de los o jos, pendejo, pero ya ni eso podia hacer, y me puse a decirles váyanse a la mierda, entonces trajeron hilo y aguja y me cosieron también los labios y hasta aquí tu alboroto, maricón, a ver si te oye la gran puta que te parió, y lo dijeron tan duro que mi mamá oyó y vino a decirme por qué te dejas insultar de esos hijos de nadie, y la sangre le vendó los ojos que no se dio cuenta de mi situación, y les dijo vayan a comer mierda, degenerados, y me cosieron el culo porque creyeron que hablaba hasta por el culo, uno dijo matémoslo de una vez y se acabó la vaina, y maldi je no poder hablar por la nariz, lo último que oí fue vayan y tiren a ese gusano en el zanjón, y no encontré de dónde agarrarme ni tenía con qué en aquella caída sin fin.

Las arenas movedizas me tragaban y por

ningún lado encontraba asidero firme, hasta que aparecí habitando el vientre de un gran pez con muchos otros ocupantes que parecían venidos de los rincones más lejanos de las galaxias. Jamás creí que me esperara el ayuno de Jonás. Todos estábamos como vinimos al mundo, pellizcando el estómago pestilente de aquel monstruo, y cuando se dio cuenta que le estábamos robando aire nos arrojó a una playa con otras basuras. A lo mejor no le gustamos, dijo alguien, en un lenguaje nunca oído. Así fue cómo pude llegar a casa. No fue tan fácil, como el retorno de Ulises. Cuando llegué, todos me creyeron un árbol y enseguida mis hermanos y hermanas se subjeron para alcanzar los nidos y robar los huevos, otros buscaban iguanas o izaban jaulas para cazar pájaros. Todos me querían destripar, como si nunca hubieran visto un árbol, y era casi cierto, porque mi pueblo hace ya tiempo que se hundió en el remolino del desierto y muy pocos levantaron la cabeza para ver el horizonte. En ese momento desee ser el hombre invisible. Quien me sacó de seme jante aprieto fue mi padre que, con tal de evitar que alguno de mis hermanos se cayera y se quebrara, decidió cortarme. Cuando fue a dar su primer hachazo desperté con un nooooooooo desesperado que hasta los vecinos vinieron, tocaron la puerta y preguntaron qué fue lo que pasó, Adela, creímos que se les había venido el techo encima, y mi madre diciéndole a todos Ado que tuvo una de sus pesadillas. De nuevo volví a quedar deshabitado, como una cigarra, ahogándome en la sofocación del día que se asomaba a las siete de la mañana. Me sentí carcomido por el viento, y la gente diciendo o jalá

que llueva en estos días y yo sacudiendo el polvazal de la cama, mientras el sol se afanaba por hacer visible a un pueblo que no se acostumbraba a ser grande.

# DEBAJO DE LA ALMOHADA

Debajo de la almohada uno sueña que va a ser grande, fuerte e importante, que va a ser libre y que va a vivir, y que a este mundo se lo puede echar en el bolsillo para evitar que alguien lo dañe y que puede cazar el sol como se caza una mariposa para estudiarla y darle más posibilidad de vida. Uno no se abruma por el tamaño de las cosas. Piensa que a un rio lo puede reducir a una gota de agua y que si cava un hueco en la playa allí puede esconder el mar. Se ve con los collares de estrellas y jugando con los planetas como con bolitas de pimpón. Sólo ahí uno es grande y fuerte, libre y vive. Da todo por no sacar la cabeza, porque la realidad decapita a cualquiera. Muchos han enloquecido. No hay camino y uno los inventa, puebla desiertos con

árboles, pájaros y mariposas, lagartijas y todos los animalitos y animalotes que no se lo comen a uno. La lluvia le sale a uno de los ojos y con un viento divino llena de alegría todos los rincones del planeta, porque uno cree que su corazón tiene derecho a la alegría y siente que una fuerza de jinete le toma la vida y se la lleva camino abajo y río arriba, y que en el pecho le aletea la ternura como un pececito que no necesita acuario para gozar de la tranquilidad en este universo, y que sus labios reclaman la voz, el canto, el beso. Uno adivina un amor tocando a la ventana y de vez en cuando se ve inclinado a arrojarse al jardín de los deseos, porque de algo hay que tener ganas. Porque para los deseos la juventud: sed que nunca se satisface.

Debajo de la almohada uno tiene más vidas que un gato. La almohada es como un arsenal, como una bodega donde uno ha ido almacenando los secretos de la sobrevivencia y del placer, las armas para hacerle la guerra al olvido, el nido donde uno se permite esconder el sol y el aroma de la chica que sueña y espera, el baúl de las alegrías y la bilis de las tristezas. Ahí todo está revuelto, como viene. Junto a ella nadie se espanta con las sombras con olor a chocolate ni con las habitaciones llenas de alaridos y carcajadas donde dicen que sale la bruja que hizo el pacto con el mismísimo diablo. A su lado uno está a un paso de la vida y a años luz de la muerte. Aunque a veces uno cree que no hay más tiempo y todo lo quiere para ese instante. Uno apresura la noche para hacer las cosas que sólo se pueden hacer de día y apresura el día para hacer las cosas que sólo se pueden

hacer de noche, aunque eso no importa cuando uno se dispone a hacer lo que tiene que hacer. Uno pasa jugando con fuego, porque el miedo no es para uno. El corazón le corre por todo el cuerpo y uno siente que está vivito para contarlo. Se toma un vino escondido y el espíritu le comienza a andar como un sonámbulo. Todo gira, todo da vueltas y las cosas pierden su estatura original y todo se hace tan liviano que uno se desorienta, no se encuentra los pies ni las manos ni le halla acomodo al cuerpo. Siente que la vida se mueve sin un arriba ni un abajo, ni un centro ni una periferia, que todo está unido, compacto, que es indisoluble. Uno vive el movimiento. Se pone como un niño estrenando iuquete y vestido nuevos. Es como estrenar vida. Porque por todas partes es cállese, quédese quieto, que no haga desorden, que todo está regido por un principio inquebrantable que no tiene principio ni fin, ¡qué contradictorio!, y que la autoridad es la diestra de Dios que acomoda a los que se descarrían del sistema. Porque el alboroto es lo más bello. A quién le importa las reglas de la divina convivencia. Debajo de la almohada la vida es un iuego divertido, a veces sangriento. Uno se pone a tracutear en los sueños dónde tienen sus raíces las pestes del mundo, por qué tanta gente naufragando en la intemperie, a la merced de la injusticia, devorada por el gusano de las desigualdades, sin derecho a conocer el sabor del pan, llorando los nacimientos sin futuro. Los pobres nos tenemos que hacer gatos, sin derecho a más resurrección. Mi madre levantándose todos los días a las cuatro de la mañana a espantar las penas, a buscar una oportunidad bajo estas estrellas con dueño, sin

importarle que le digan tus hijos no debieron haber nacido, y uno no sabe qué hacer, gravitando en tantas galaxias para no verle la cara a la muerte ni enfrentarse a la realidad en este mundo ocupado en esconder la basura bajo el tapete. Uno va y viene, buscando con las manos extendidas la puerta por donde salir al otro día para orear los recuerdos. Pero todo no es así como imposible que digamos, no es para sentirse lo más insignificante.

Uno, debajo de la almohada, toma el sistema solar y lo revuelve todo sin importarle las leyes de la física ni qué ocho cuartos. Juega con Plutón, esconde a Júpiter, pone a rodar a Saturno para que se le zaren los anillos, porque a algún joyero les sirven, meto a Marte y a Urano en una botellita para disecarlos después, mientras que a Venus y a Mercurio los ensarto en un hilo y los cuelgo en un palo de naranjas. La tierra también es lugar para entretenerse un rato. A veces la escondo del sol o de la luna y éstos se ponen a buscarla, o le doy un chapuzón en el mar para que despierte. A uno le dan ganas de meterla en una licuadora para ver qué rayos sale. Otras veces la tomo de las manos y le doy vueltas hacia atrás para inventar las cosas de nuevo, pero con la misma velocidad se me adelanta y me muestra la vida de miniatura en un frasco. lo que le espera a la humanidad, me digo. De espanto pasa uno por encima de la osa mayor que ya tiene cachorritos y de paso se desliza por los alambrados del espacio y los satélites que los conquistadores de las estrellas han puesto para vigilar hasta a las hormigas. Uno se los echa a todos

en el bolsillo para que nadie controle nuestras vidas. Todo comienza a andar de otra manera, v gracias a Dios, porque yo me aburro de ver todo tan estático, tan muerto, todo mundo feliz en el puesto que se le asignó, sembrado para siempre como una cruz sobre una tumba, qué desgracia más grande. Uno acostumbrado a la velocidad, al movimiento. a la dinámica de las cosas, a la transformación de las historias, porque venimos vestidos con otra sangre, otro ritmo, aunque no todos, algunos son unos vegetales, amarrados al capricho de las circunstancias. Mi mamá me mostró la otra cara de las cosas porque mi papá nunca tuvo tiempo para realidades ni compromisos. Debajo de mi almohada preparo la lucha del día que viene, porque a éste no le cabe otra preocupación y porque la astrología no es la ciencia que va a resolver los infortunios de los gatos ni una guerra en las galaxias eliminará el parásito de la discordia ni la voracidad de los comerciantes de la muerte. Amo este planeta como a un pedazo de pan y creo que mis sueños son más grandes que los obstáculos. Uno se pasa la vida tirando el cántaro en el pozo de sus sueños para no perder la brújula. Si a muchos los ha indigestado la esperanza, creo que es porque sólo se entregaron a la espera.

	·		
	·		

### **RETRATO HABLADO**

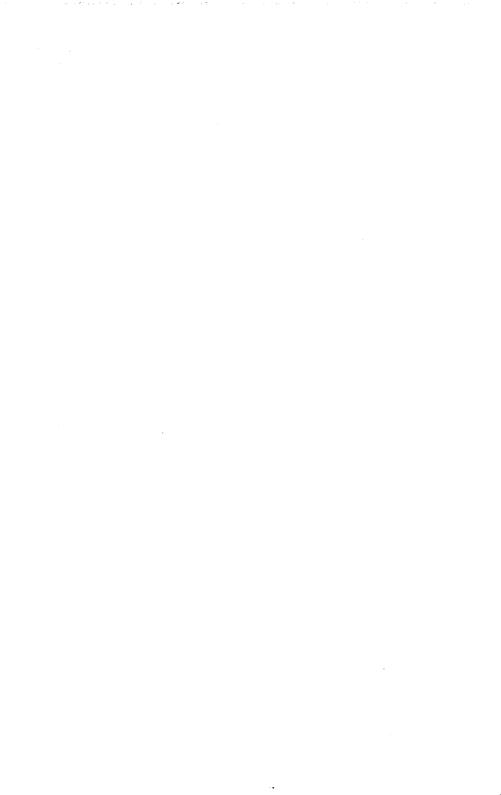
Tal vez no aparece en su mapa, pero existe como existe el hambre. Y no son cinco gatos como los que aparecen firmando actas de independencia o acuerdos de paz. Tampoco es una caricatura de vallenato y tragos. Es muchas cosas, porque así son los pueblos. Caballos, burros, yip güili, bicicletas oxidadas. Porque ahí a todo se le saca el jugo. Además, el pobre es así: si de una bicicleta sólo le quedan las llantas, no las bota, de ellas hace una carreta. Se pasa transformando las cosas, dándole vida a lo que para otros no sirve. Se pasa buscándole la alegría a la tristeza, el canto al dolor, el pan al hambre, la vida a la muerte. Usted verá cerdos recogiendo la basura y la mierda de las calles, perros oliendo el aire, sosteniendo las paredes,

gatos aruñando el celo de la noche, gallinas escarbando el oro del estiércol. La gente en las calles sin semáforos, sin señales de tránsito, con vías para todas partes. Es que ahí uno sabe para dónde va, aunque usted piense lo contrario. Eso de líder de la comunidad no le da derecho de rebajar a la gente. Campesinos en sus burros. Porque usted me dijo que le hablara de mi pueblo, así que no me diga qué es lo que tengo que decir. Allí, artesanos y campesinos eluden el mosquito del hambre y la pobreza en su hamaca de desvelos, con un tabaco que parece un cocuyo en las noches, y a manotazos intentan derribar la plaga de la muerte, el miedo armado que nadie sabe cómo evitar. Ya ni la lluvia quiere caer del cielo. Con decirle que casi nunca llueve, y no estoy inventando. Sin ánimo de exagerar, las madres generalmente se mueren con su criatura dentro, porque el vientre poco a poco va perdiendo el agua, luego aquello se les convierte en un lodo pegajoso donde batalla el feto tratando de atrapar el aire y, finalmente, la barriga se les convierte en un terrón tan duro donde se fosiliza su dolor y su alegría. Uno nace de pura casualidad y de pura casualidad crece y alcanza a ver las estrellas. Es que ahí la vida es una pesadilla. En otros tiempos llovía. Ahora aquello es una tierra que el viento juega con ella, hambrienta de lluvia, sedienta de felicidad. A veces la gente desborda en sueños imposibles que quiere hacer realidad. Pero nada más. Hay muchos diques, muchas trabas. Ahí la lluvia es la vitamina más deseada. Es cierto. Encontrará a niños remontando sus cometas. porque en qué lugar del mundo la gente no ha inventado algo para desprenderse un rato del suelo

y besar las estrellas. Claro que la violencia con toda su guerra ha derribado muchos de estos sueños, especialmente los militares que creen que cada cometa que se levanta es una señal de protesta que hay que silenciar. A esos niños, flacos y moquientos, que casi no pueden ni con su propia sombra, el viento les quiere arrebatar las manos. Y usted dice que son felices y dichosos porque son pocos. Mi pueblo es así: una geografia que sólo recorre la muerte. Alegremente sano, hermosamente inocente. Canta su música con felicidad porque ahí la gente todavía se aventura a esas cosas, para dejar que el sol siga su camino y las estrellas puedan bajar a conversar con las mujeres. Es como un niño desvestido de sus colores, castigado por salir a jugar a la calle de la alegría, por no hacer la tarea de la escuela oficial, por contestar groseramente a sus mayores y por no obedecer ciegamente los consejos de los abuelos de la patria. Por eso es una gallina acorralada por la miseria, un perro vie jo que se le pegan todas las pulgas. A veces es un trencito azul salido de los rieles, un pez amarillo que quiere lucir su esplendor al aire libre de los arcoiris. Otras veces, un pajarito escapado de la trampa después de dejar muchas plumas en la goma del estatismo. Pero la mayor de las veces es una luz roja que intenta saborear otros vuelos, y por ellos se desangra, sal que despierta a otro horizonte, que camina hacia otro universo. Yo estoy orgulloso de eso. Pero usted se alegra por otras cosas, hace una fiesta si se lo reparten. No me importa lo que diga de mí. Con mi pueblo he aprendido a ser un camaleón de sobrevivencia, una paloma que también se arrastra, una cucaracha que no le teme

a las miles de botas dispuestas a aplastarla. A veces, cuando la tarde se va poniendo roja, como ésta que se está formando, y los campesinos vienen de regreso, el pueblo parece una mariposita queriendo rehacer sus alas sin importarle el fuego. Y cuando la noche quiebra el disco del firmamento, es apenas una arañita que te je su hamaca, su red de pescar aromas de grillos. También recibe el sueño como la muerte. Hay días que es una lucecita contra la intemperie, pero la noche no se desvía, sino que lo atropella y el dolor no cesa. Contra la voluntad de todos yo lo multiplico hablándole de estas cosas, sin saber con qué fin. Uno no debería ser tan boca suelta. A veces sólo se ven ojos en los caminos, vigilando para dar aviso de la llegada del fin: fin del sobresalto, fin del dolor, fin de la muerte. Ellos fueron quienes le hicieron tragar la alegría. Todo mundo se tragó la lengua. Sus amigos del poder lo volvieron todo al revés. El pueblo está tratando de reponerse, aunque algunos estén interesados en que siga flotando en el desmayo de los espectáculos de circos políticos. La gente le ha visto los cuernos al toro. Ya es algo. Es cierto que te jimos y deste jimos porque el día no llegaba. Y en esa noche nos fuimos convirtiendo en almacenes de ternura, con amor para cualquier tamaño de latido. Descubrimos que la alegría tiene un sabor que nos hizo falta cuidar mucho. Todos salimos a buscar el agua y procuramos estar a la altura de los que sueñan ser libres. Usted bara ia muy bien su retórica en la plaza pública, pero nosotros sabemos verle el color a las cosas y no requeremos que nos pinten sueños fabulosos. Eso era antes. Los pobres esperamos de jar de ser el

maná para los poderosos en sus tiempos malos. Este es el sabor de nuestra esperanza que para usted debe saberle amargo. Muchos han llegado como las langostas a devorar el horizonte y desaparecer detrás del humo. Así fue como el verde desapareció de nuestro mundo y el agua se escondió quién sabe en cuál rincón del planeta. Del pueblo sólo fueron quedando los huesos, como quedaron los esqueletos de los viejos navíos olvidados a la merced del tiempo, al asalto constante de la bravura del mar. En este universo mi pueblo puede ser apenas un grillo nocturno con su gaita o una fiesta de sapos después de un aguacero, aunque nos ahoguemos de sed, pero queremos sacarle brillo al sol. Usted haga lo que quiera.



### TODAVIA NO LO CREEMOS

Te imaginas. Es que nadie lo cree. Mi mamá tan callada, aguántalo todo. Porque usted no la co-Nunca protestó ni refunfuñó. Todo era noció. santa voluntad. Porque lo que mi papá ordenaba se hacía porque se hacía y en su propio momento. Los tres quedamos aterrados. Bueno, Pedro no. Pero si lo estuvo. Ahora es que acepta las cosas. Como es el menor. Eso sí, ella siempre fue fiel. La verdad es que nunca tuvo la oportunidad de mirar a otro hombre. Mi papá se le puso por delante y la dejó sin luz; fue como quitarle los o jos, como si él todo el tiempo los hubiera andado en el bolsillo. Ella ni se asomaba. Los mandados los hacíamos nosotros. Antes no sé. A veces la entiendo. La casa era para ella como una cueva; ella estaba allí

todo el tiempo como una rata, buscando oler el viento. Porque ni al patio se podía asomar: allá estaba una perra lo más brava. Con decirte que ni a mi papá de jaba que se acercara. Era traba ja y trabaja como una hormiga. Yo creo que las cucarachas llevaban me jor vida. Fueron dieciséis años. Pero ella no tenía que haber hecho lo que hizo. Es difícil creerlo. Yo no sé cómo se le metió seme jante idea ni cuándo le nació. Creo que fue el día del vendaval aquel, ¿recuerdas? Bueno, aquella vez el viento levantó unas láminas del techo. El día entró a chorro con agua y todo, las paredes se estremecieron y el viento sacudió el aire envenenado. Ese día mi mamá encontró la respiración. Salió del rincón donde pasó todos sus miedos y se refugió de las amenazas. Porque no te lo he dicho, mi papá la golpeaba y la amenazaba con un cuchillo. Yo nunca supe qué hacer, porque a todos nos daba. Muchas veces lloramos todos en el cuarto: allí nos atrancábamos. El despedazaba los platos, los vasos y las puertas. Esos son los únicos recuerdos que quedaron. Era por la droga. Dicen que lo andan buscando, dizque para matarlo, porque ha tenido problemas con muchas otras personas, tú sabes. A uno no lo quieren, porque uno es hija de un maleante, así dicen, como si en este país los maleantes vinieran sólo de la pobretería. El asunto es que ella se sacudió desde aquel día, tomó impulso con aquel ventarrón y decidió vivir su vida lejos de mi padre. El se quedó boquiabierto. Jamás se lo imaginó. Suplicó demasiado tarde. Mi madre nunca olvidó cómo era el sol. Mi hermano mayor y yo todavía no lo creemos.

### **MALDITAS CONCUBINAS**

Es que hay cristianos corrompidos que hacen sus cosas con las burras.

Gabriel García Márquez

El último le salió varón. Hizo la fuerza hasta que le llegó. Los varones están del lado izquierdo, le decían. Lorenzo creció en medio de las fragancias de sus hermanas mayores y por poco se pierde en las accidentadas estribaciones del to be or not to be. Me di cuenta que la conducta y la vocecita de mi ahijado se estaba desafinando a medida que pasaba los dieciséis y el muchacho no daba muestras del ardor propio de la juventud de estos lugares. Le dije a mi compadre Plutarco que abriera el ojo porque un marica pobre es la peor deshonra que le podría pasar a la familia.

—Y su apellido, compadre, se va a perder —le dije. No ve que las mujeres no cuentan.

Mi compadre me lo confió. Lo inicié en actividades de hombre cuando adquirió mayoría de edad. Le preparé un regalo especial. Era una sorpresa. Lo invité a la finca, lo conduje hasta la caballeriza donde una hermosa sábana blanca a manera de estuche cubrían el regalo. Intrigado pensó que era una motocicleta y se apresuró a develar la sorpresa.

—¡Una pollina! —exclamó. ¿Para qué necesito una burra?

—Para que te vayas practicando. Algún día te casarás.

Esa fue la primera vez que hablé de hombre a hombre con mi ahijado sobre cuestiones de sexo. Le conté que cuando Dios creó los animales y se los presentó al hombre para que les diera nombre, el costeño reparó muy bien en todas las hembras, pero la que más le llamó la atención fue una hermosa pollina. "Esta me la de jo para mí", di jo. Su entusiasmo fue mayor cuando se enteró de que la pollina no tenía que estar planificando ni la afectaban los períodos de la mestruación. "Esto si va a ser vida", añadió. El burro tendría que esperar a que la yegua y el caballo tuvieran una hija para cruzarse con ella. Así fue como surgieron el mulo y la mula que son estériles. Pero la cosa no terminó ahí, porque no siempre las cosas salen bien desde el primer intento. Se armó un pleito entre Dios y el hombre, porque Dios engañosamente lo durmió para crear a la mujer. Con esto buscaba borrar a la burra de la cabeza del costeño y equilibrar las cosas. El creador se disculpó por haber dejado para último a quien iba a ser su compañera perfecta. Era lógico que el hombre nunca se había visto de cuerpo entero, el costeño sí. De modo que comenzó a revisar el nuevo invento de Dios. "Espero que esta sea más complaciente y no tire patadas", le dijo. Pero no fue así. Pronto se dio cuenta de que la nueva compañera se andaba con muchos rodeos y excusas de que hoy me siento mal, porque no le estaba funcionando bien lo de la regla. Y como al costeño le gustó la primera cuchara con la que probó la sopa, dejó la cama y se fue al potrero.

# -Pero, padrino, ¿no estará exagerando?

Claro que no es ninguna exageración. Y por eso le dije que Dios maldijo la hora en que le presentó al hombre su obra al revés y maldijo también el no haber hecho nada para evitar que el costeño probara con la pollina. Cuando mandó a Moisés que prohibiera y condenara este tipo de relaciones, todo fue inútil. Para algunos estas son inmoralidades sexuales y se ponen a meterle miedo a la gente con el infierno. "Qué infierno ni que pan caliente. Si las pollinas también van al cielo", dijo un joven. Eso mismo pensaba yo cuando se armó aquel escándalo en Sincele jo, donde las autoridades locales, por culpa de unas devotas solteronas que rayaban en la menopausia, tuvieron que mandar eliminar a todas las pollinas y burras al igual que el faraín mandó asesinar a todos los niños varones. A estas devotas les cayó una de esas pestes apocalípticas de estar repartiendo maldiciones por

aquí y maldiciones por allá y de ponerse a hacer pronósticos sobre las plagas que azotarían a la región si los jóvenes continuaban con semejante bestialismo en cualquier parte, delante de quien fuera y a la hora que fuera. Argumentaban que las burras no eran creación de Dios sino de los sobrevivientes de Sodoma y Gomorra y por lo tanto eran animales malditos. Estaban dispuestas a escribir al arzobispo y a hablar directamente con el presidente de la república para que se pusiera fin a tanta deprabación. "Malditas concubinas. Jamás alcanzarán el perdón de Dios ni de la gente decente de este mundo", decían. Jamás se atrevieron a condenar a los muchachos en público porque hasta hijos de ministros, gobernadores, alcaldes, generales y tenientes, habían sacrificado el pelle jo de su virginidad en las inocentes pollinas.

—Hasta un sobrino del arzobispo —dijo mi hija.

Fue así como recogieron a todas las pollinas y burras y las vendieron a los circos de la región para que alimentaran a sus fieras. Algunas fueron vendidas a fábricas de frigoríficos. Lo que vino fue peor. Los jóvenes huían de sus hogares a otras zonas en procura de ser iniciados por una pollina. Aumentó el número de violaciones, cosa común en otras regiones del país, donde las mujeres son el único juguete sexual. Las estadísticas aumentaron año con año, cuestión que alarmó a las autoridades departamentales, porque, además, estaba creciendo el índice de población. Todos tenían la solución dándole vuelta en la cabeza, pero ninguno se

atrevió a hacer pública la idea. A los burros les pasó lo mismo que a los jóvenes que no tuvieron la oportunidad de encontrar una de esas malditas concubinas: se volvieron maricas. La mayoría de los burros murieron de viejos, otros fueron manjar de tigres y leones. Pero los que en la época del exterminio eran apenas unos pollinos rebuznones, terminaron intercambiando coitos entre ellos mismos. Así se establecía el primer caso de homosexualidad, o como se llame, entre los equinos, gracias a un puñado de viejas solteronas que querían que los jóvenes llegaran vírgenes al matrimonio. Pero Dios es bueno y protege a los suyos. Menos mal que por acá no llegó el exterminio impulsado por aquellas mojigatas. Hasta los cachacos venían dispuestos a descifrar nuestra pato-lógica pasión por las burras. Todos creían que eran fantásticos trucos de prestidigitadores que iban de pueblo en pueblo con sus exóticas costumbres y maneras de expresar su amor a la naturaleza. Jamás creyeron antes que los jóvenes se desbordaban en bandadas y hacían fila hasta de a veinte, esperando turno detrás de una pollina, hasta cuando no se vieron cautivados ellos mismos por aquella simple criatura devoradora de hombres. Es cierto que no alcanzaron a poseer la pericia de descubrir si tal cagajón era de burra o de pollina, pero regresaban a sus tierras contando su historia inverosimil y en las siguientes vacaciones volvían con otros, no dispuestos a buscar el mar, sino a ahogar sus prejuicios en orgasmos de potreros.

<sup>—</sup>Yo creo que el tal pollino del nazareno era una pollina —dijo uno mientras se sacudía los pelos.

Es que la pollina es la primera amante gratis que encuentra uno por estos lugares. Ella no se avergüenza de eso ni nadie le grita en la cara que es puta. Es que a nadie debe abrumarle la idea de no saber qué hacer ni por dónde o que nada le funcione la primera noche de bodas. Aquí no se habla de impotencia, todo mundo es bien macho. Se conoce la palabra por las noticias que vienen de otras regiones, donde las mujeres son infelices y analfabetas en lo que a sentir un orgasmo se refiere, y viven la vida más infernal tratando de llenar los cuestionarios de las revistas, procurando dar con un hombre que las inicie en la paradisíaca alegría donde se pierde la gravedad y el gozo nace en los mismos huesos. Ahora la carne está muy cara, y gracias sean dadas a Dios por haber dispuesto esta fabulosa amante para los pobres.

# TU LLEVAS OTRO RUMBO

Tu vida lleva otra velocidad. Te preocupas demasiado. Tu prisa no le da tiempo a la respiración de nadie. Te esfuerzas por dejar atrás a todos los que te rodean, y todo para tener pretextos para hablar y hablar. Uno se cansa. No podemos subirnos en tu tren. Es cierto. Hay que reconocerlo: eres cumplido, puntual y ordenado en todo. No se te escapa nada. Tal vez por tu formación militar. Nos llevas a un ritmo que no es el nuestro. Eso es lo que nos distancia. Nunca antes nadie nos exigió. Nadie se que jó de lo mal que hacíamos las cosas. Nadie que gruñera por la ropa tirada, los zapatos, la comida regada y los desórdenes en casa. Mami se encargaba de todo. Ella ordenaba el mundo caótico que dices. Y era su oficio porque nadie le había

dicho que no lo hiciera, porque ella estaba convencida de que eso era ser madre: lavarnos, cocinarnos, servirnos, amontonar nuestros regueros. En una palabra: hacernos todo. Eso era labor de ella hasta que te entrometiste, como si te hubiéramos estado llamando. Viniste a implantamos tareas, a repartir responsabilidades, a decirle que no tienes por qué seguir siendo su esclava y mula de carga. Nosotros nunca la vimos así. Nunca nos fijamos en eso. Eso complicó las cosas, porque creíamos que la insultabas y, además, porque nos pusiste a lavar platos, a barrer, a limpiar, para que se hagan gente, decías. Implantaste poco a poco tu modo de vida. A las diez de la noche todos acostados y con el televisor apagado. Lo mismo hiciste con los oficios, distribuiste un horario para cada quien. Eso era lo que menos esperábamos. Fuimos perdiendo la calle, de jamos de jugar como antes. Nos pusimos a jugar tu juego, a correr en tu dirección, a aprender a vivir como personas, como espera-bas. Al principio nos dieron ganas como de matarte. Si nos hubiéramos puesto de acuerdo te hubiéramos echado de la casa. Pero Pedro siempre fue distinto contigo. Sólo nos poníamos de acuerdo para hablar de ti. Porque pronto nos dimos cuenta que mami se de jaba llevar por lo que decías. Creo que porque hacías las cosas muy bien y tus buenas costumbres y porque ni tomas, ni fumas y ni te gusta la calle. Eras casero y un buen estudiante, respetabas y no temías decir lo que tuvieras que decir a quien fuera. Mami te admiró por todo eso. Ella pensaba igual y esperaba que fuéramos como tú. Eso fue lo que vino a colmar el vaso. Porque no estábamos dispuestos a aceptar

e jemplos de nadie. Los modelos ya no sirven para nada. Eso también hizo que nos comenzara a tratar más duro y a exigirnos más cosas. Se fue haciendo inflexible. Ambos se ponían de acuerdo para programarnos tareas y acordar si nos de jaban ir a tal o cual parte. Ella te acuerpaba en todo porque le gustabas. Eso se le notaba mucho. Nos dimos cuenta que algo la quemaba por dentro cuando te llamaba o se despedia. No lo pudo disimular. Las atenciones, los gestos. Tú fuiste más reservado. Pero nos enteramos que ambos se gustaban porque varias veces los vimos besándose. Eso alteró nuestros celos, porque definitivamente mi papá ya no significaba nada para ella si tú estabas ahí. Jamás lo aceptamos. Pero fuiste el primero que le echó el hombro. Papi hizo y siguió haciendo todo lo contrario: deshacer cualquier indicio de fuerza que sostuviera a mami para que se terminara de hundir. No ayudaba en nada. Ni con los cuatro mil miserables de la pensión. Al principio creímos que mami te daba esa plata. Por eso le decíamos a papi que no le mande nada. Después nos dimos cuenta de cómo era el asunto. De modo que mami lo mandó a meter preso por un mes, hasta que me pagues los cuatro meses para tus hijos, le dijo. Eso nos dolió mucho. La vimos andar de aquí para allá para ver cómo nos daba de comer y cómo pagaba el alquiler de la casa. Porque mi padre, desde un principio la echó para vender la casa y poder sostenerse el vicio de la droga. Nosotros estuvimos de acuerdo con él para que nos comprara ropa, tenis, gafas, grabadora, equipo, y todo para estar a la moda. Pero mami se despaviló, y fue con los abogados para reclamar la mitad de la propie-

dad. Por eso no quedamos en la calle. Cuando papi estuvo preso, mis tíos te fueron a buscar en varias oportunidades por la noche. Yo sé que querían joderte, y a mami medio matar, porque a todos ellos les dolió lo que hizo por tu ayuda. No sé por qué nunca te encontraron. Tienes mucha suerte. Creo que a mami le hizo bien que te fueras a vivir con nosotros, porque por primera vez sintió que alguien la acompañaba y que nosotros nos preocupáramos por otras cosas. Eso fue lo que menos tuvo en sus años de matrimonio. Papi lo que hacía era golpearla, darle patadas y obligarla a hacer de todo. La tenía como a una bestia. Ella era la que trabajaba para mantenernos a todos. El se pasaba todo el día durmiendo, aliviándose de la borrachera o metido en el monte tragando droga, si no, se lanzaba como un Supermán a las calles con sus amigos. Hasta a fumar mariguana la obligaba. Si no la fumaba la trataba de puta y zorra asquerosa, y a nosotros nos decía que ella andaba con otros hombres. La pesadilla nos envolvió a todos. Hasta yo la fumé y la vendí. Hace poco fue que mami se dio cuenta. Sé que ha sido un golpe muy duro para ella que todo el tiempo procuró lo mejor para uno. Pero mi padre me inició en eso desde muy pequeño. Llevaba los paquetes que al principio no supe nada de su contenido. Así conocí a muchos que me daban propinas. Cuando me di cuenta de lo que se trataba, ya estaba atrapado. Supe que eso era malo cuando mi mamá me dijo que las personas drogadictas son capaces de matar hasta a su propia madre con tal de conseguir para una dosis. No sé por qué me lo dijo. Aún no sabía nada de mí. Pero ellas siempre quieren curar en

salud, para que no digas que nunca te lo dije. Yo no los veo tan malos. No son una basura como dicen. Ellos me buscan, me dan plata, me invitan a un cigarro, a una cerveza. Ves, esa es la diferencia. Seguro que nunca has probado. Ya no me importa si me echan de la casa. Quiero llevarla suave. No me gusta tu ritmo. Algún día se te pasará ese mareo y verás que el sol alcanza para todos. Deja de jugar al detective. No metas las narices donde no te llamen. El día menos pensado te encontrarán por ahí con la boca llena de hormigas. Tú sabes que aqui la gente no se anda con rodeos para hacerle morder el polvo al que sea. Te andas enterando siempre de lo que no te importa y accidentalmente también puedes encontrarte con la muerte. Por ahora me alegro que te hayas ido de la casa. Sólo te extrañan Pedro y mami. Ella ahora tiene más dolor encima: mi problema, tu ausencia y la de mi hermana. Fuiste la persona que más nos soportó. Nadie de su familia se preocupó tanto por ustedes como él, nos dice mami. Espero que te vayas al cielo por eso, porque ya tuviste tu pedazo de infierno con nosotros. Mami quiere vender para comprar un pedazo de tierra bien lejos y dejar atrás todos los problemas. Ella cree que esa casa está embrujada porque ahi nada prospera. Muchos te llaman y decimos que no estás. Mami casi no sale a la calle. Todavía cree que vas a regresar. Eso le ayuda a sobrellevar tu ausencia. Yo no quiero que ella sufra. Con lo que sufrió es suficiente. También tiene derecho a ser feliz. Sé que te fuiste de la casa porque mi hermana y yo hacíamos muchos problemas. Ahora es distinto. Yo estoy dispuesto a largarme apenas tenga mis dieciocho, porque yo sé

que ella no me seguirá alimentando. Para ti siempre ha tenido las puertas abiertas. Pero parece que ahora llevas otro rumbo.

### **NACER DE NUEVO**

La vida se nos hizo angustia y la noche tumba. Se nos impuso un reloj para dormir y otro para levantarnos. Los cantos no pasaron más por aquí. Las mujeres nos quedamos solas en las casuchas. Rumiando el dolor. Como que para eso nacimos. Velando por la vida de nuestros hijos que tantas veces le arrebatamos de las manos al hambre, a la muerte, y ahora a la guerra. A mis cincuenta tuve mi último hijo. A éste le tocó vivir en lo que quedó de todo. El pueblo se fue quedando solo desde que al ejército se le metió de que aquí se esconden las ratas asquerosas del EPL, y, claro, como por todo lado había letreros y consignas en las paredes, como ocurre en todos los pueblos de por acá, todos fuimos registrados hasta en el culo, voltea-

ron casas, ranchos y todo lo que fuera porque según ellos en alguna parte tienen esas armas escondidas, perros pendejos, traidores de la gran mierda, nos gritaban, y ninguno que se atreviera a abrir la boca porque con que rebelde, ah, denle a éste para que aprenda. Nuestros hombres comenzaron a desaparecer y también los mayores de nuestros muchachos, a nuestras hijas las violaban delante de nosotras las más viejas, a los niños pequeños les daban unas cosas y los mandaban a correr por entre las matas de plátano cuando oíamos el estallido. Los que quedaron vivos se quedaron con el llanto pegado para toda la vida. Con sus helicópteros, patrullas, camiones, jeep v comandos borraron las distancias entre un pueblo y otro. Salían del lugar menos pensado. Rastreaban cada paso que diéramos. Mucha gente se fue en busca de seguridad. Quien tenía un pedazo de tierra lo de jaba abandonado porque nadie compraba. La vida se nos hizo angosta de tanto respirar por las rendijas, la realidad un cuadro en la pared de tanto mirar por la ventana. Creimos que con oraciones íbamos a espantar el diablo. Fue cuando comenzamos a reunirnos, y lo que conseguimos fue endemoniarlos más, largo de aquí, viejas brujas, nos dijeron, no está permitido esta clase de reuniones, y a empujones nos hacían salir a todas y a culatazos nos llevaban por las calles hasta meternos a golpes en las casas, la próxima vez cargamos con todas. ¡Se imaginan! Cada quien decidió hacer lo suyo en casa y todas sabíamos que en las otras casas todas estaban haciendo lo mismo. Fue como resistir en silencio para que Creyeran que nos habíamos entregado a la resigna-

ción. De las hechuras de mochilas y tapetes y de los mismos trastos de la cocina fuimos extrayendo la sabiduría que nos impidiera morir enredadas por la desesperación y el miedo. La cosa no fue fácil. Las noches como que se varaban al pasar por este pueblo, y ni un mecánico que saliera a esa hora a repararles el reloj. Nos moríamos con sólo ver cómo caían nuestros hijos retorcidos por la diversión de los antiguerrilla. Nos quedamos con un pueblo lleno de tuertos, cojos, mutilados, niños que nunca más volvieron a reír ni a mirar por dónde amanece el sol. Muchas veces salimos a ayudarle a alguien a recoger las tripas del suelo para que no se las comieran los perros, y teníamos que coserlos con hilo de hamaça, a lo macho, ante la mirada fría del teniente que se reía de vernos correr, tratando de atajar la muerte para que no entrara, amarrando la vida para que no se fuera. Es para que aprendan que con esas cosas no se juega, gritaban entre risas, y ustedes, nada de lloriqueos. Cuando moria uno de ellos, no dejaban puerta ni rancho levantado, y nosotros decíamos tierra tráganos, y disparaban a cualquier cosa que se moviera. Por eso nos quedamos sin nuestros animalitos, sin cerdos, sin gallinas, todo eso se lo comieron, sin perros ni gatos, porque según ellos estos perros son un estorbo como ustedes, sólo sirven para comer y ladrar. El miedo le trepaba a uno en temblores repetidos como si nos estuvieran licuando. hacía pequeñita y trataba de amarrar mi respiración en el fondo de los pulmones para que no me olieran. Recuerdo que las flores no se secaban en el cementerio. Allí iba los domingos con Abel, el último de los míos. Nadie supo por qué la muerte

les había caído a quemarropa. Los recuerdos eran de hiel. Después fue que se trataron de prohibir los juguetes bélicos y las madres no de jaban que los hijos vieran películas ni programas violentos. Muchos decidieron deshacerse de los televisores. Lo que pasó fue suficiente —dijo Amparo, la dirigente. La paz no se defiende a plomazos. En las cuatro paredes de mi casa, en mis pequeñas cosas y oficios de telar, encontré la puerta a otro mundo y éste se derramó por la puerta cuando mi hijo se tropezó con la inquietud. Deseaba saber si todos los días se puede nacer. Yo me pasaba tejiendo soles y él no dejaba de escrutar mis pensamientos. Le dije que sí, que es cierto y hay que decirselo a todo mundo. Creo que esas mismas cosas enseñaban las demás madres a sus hijos. Somos soles, amaneceres, y todas las cosas pueden ser nuevas, le decía mientras él volaba un barrilete. Mi hijo, ciego de gozo, miraba el universo, creyendo que sus amigos y hermanos podían volver a nacer, sin importar que hayan muerto en las manos del hombre o en los pechos de la desnutrición, y me preguntaba que si papá podrá venir a jugar conmigo. Mientras me iba a izar el sol en el fondo de la casa, él comenzó a enrollar el hilo del barrilete en un palito. Los jóvenes no entienden bien de estas Busqué en mi libro las páginas que no tuvieran dolor, a pesar de haber sido escritas en los dias más angustiantes. Las palabras no son el comienzo de la vida, le dije, son los gestos, las acciones. La vida es lo que tú hagas, lo que yo haga, no lo que diga. Las palabras no reviven las cosas. Pero hay que hacer cosas nuevas. El pasado no lo construimos con palabras ni cantos, ni lo

vamos a olvidar hablando de él. Los que se fueron no volverán como se fueron, le dije. Vendrán en otros rostros, en otros gestos, en otros cantos. Serán completamente otros, totalmente nuevos. No importa que vengan a cantar la misma canción, continué. Las cosas serán siempre nuevas, no hacia atrás, sino hacia adelante. Serán como el río que va más allá de su nacimiento, como los Cóndores que van más allá de su vuelo y ven más allá de su nido, le dije. El parecía entender mientras creaba burritos, pollitos, cerditos y vaquitas de barro. Yo le conté cómo murieron los hijos y el esposo de la señora Julia, y él me preguntó que si yo creía que ellos volverían enteritos y sin ninguna cicatriz. Se me ocurrió decirle que somos semillas que revientan para que sur ja un árbol que irá más allá de la cascarita que lo envuelve. Los hijos de la señora Julia, los de Ignacio y los del señor Tomás se fueron a hacer caminos. Porque para eso hay que caminar. No frecuentar la costumbre del caminante que no va más allá de la comodidad de los pasos. Porque hay caminos que obligan y otros que liberan, le dije. Hay pies que no se atreven a los caminos nuevos, temen, dudan si están fuera de la raya, si tienen que andar por las montañas rompiendo monte, le dije. Y le señalé una loma por la ventana, mira allá, le dije, donde están aquellas vacas, mira como se ven caminos así, que se cruzan, bajan y suben, caminos en todas las direcciones. Ellas hicieron esos caminos frecuentando la yerba, buscando qué comer. Pero uno no hace caminos sólo para comer, le dije. Se hace camino buscando la vida, el aire, la libertad. Tu papá y tus hermanos y todos los que se fueron

lo hicieron por abrirle camino a la esperanza, para que el día pasara alguna vez por aquí. Ellos se atrevieron a nacer a ese sueño y nos dejaron aquí para que hiciéramos caminos. Bueno, tal vez no nos dejaron. A lo mejor caminan con nosotros, como Jesús, no sabemos. Otras veces le decía que la gente no se muere, sino que se va a hacer vida a otra parte, sin saber que pronto se iba a dar cuenta de que era mentira. Es difícil que uno olvide esas cosas.

### **EL REVES DE LA NOCHE**

En un poblado junto al río, sin poder ver más allá de sí mismo, perdido en su propia sombra, un hombre salió a orinar. Miró el firmamento pero no alcanzó a interpretar las estrellas. Desde la noche alguien alargó su mano y cortó con el cuchillo. El grito doloroso se llenó de sangre. La noche con el rojo se hizo más negra. Todas las luciérnagas encendieron sus faros y repartieron la luz. Los pájaros con sus cantos espantaban las sombras. La fiesta bajó por el río. Las jovencitas, ayer tristes, empezaron a sentirse vestidas. Un escarmiento trajo el día.



## **BROMAS DE AHOGADO**

Empezó tocando el agua como un niño y fue a parar en el fondo de un pedazo de mar. Nadie vio cómo se enredó en el ancla de la muerte. Entre borracho y sonámbulo cruzó la línea de la noche. Su cuerpo quedó inmóvil, varado en la profundidad del crepúsculo donde hasta los peces se asfixiaban. La sangre lo fue abandonando, el calor se le hizo hielo, el viento y el canto de las cigarras tan ausentes como su respiración que nunca encontraron los socorristas. La arena se ahogaba con el peso de la multitud que a la hora de la verdad no existió. Tal vez no está muerto, dijo Ramón. A él le gusta esta clase de bromas. El sol siquió desmigajando la tarde del domingo, los árboles estremecidos por el verano de enero estaban

desnudos buscando el aire y los niños esperaban ver cómo se moría un hombre que se la pasó diciendo yo no le tengo miedo a nadie porque yo soy un macho, no joda, pero las autoridades que acordonaron el lugar se burlaban de su inocencia. El teniente comenzó a indagar por los familiares. Se llamaba Eduardo y esta es la segunda vez que se muere ahogado, dijo el cuñado. A alguien se le espantó una sonrisa. El viento hizo volar la arena y muchos cerraron los ojos después del misterio. La primera vez se ahogó en un río, continuó Ramón, yo mismo fui a reconocerlo en la morgue. Es él. Estaba morado y hielo. A los pobres la muerte se los encuentra en cualquier parte, comentó Ligia. A la novena noche se apareció. Todo mundo abandonó la casa al verlo en la puerta. Hedía como un gallinazo viejo. Por eso lo apodaban Lázaro. La gente lo molestaba y él replicaba tengo derecho a morirme cuantas veces quiera. El teniente no apuntó nada en su libreta. Hay que esperar a que llegue el juez con el forense, dijo matando la risa. Ese mismo día murió mi suegra de un infarto, siguió Ramón; tremendo susto. domingo había comenzado con una luz como para tostar piedras. Con su figura de débil como que encontraba la manera de esquivar la muerte. Prefería este mundo para sofocar el desespero, para levantarse a arañar el aliento en estos tiempos donde nadie está seguro de nada y uno está más cerca de la otra vida que de ésta, dijo alguna vez. Quedó solo, sin una flor, sin la posibilidad de una lágrima sobre su cuerpo ahogado en la soledad de la intemperie. Nadie oyó sus últimas palabras. Nadie se asomó a sus manos queriendo agarrar las

estrellas casi a pleno mediodía. Estaba solo en el océano más pequeño cuando las gaviotas pasaron escupiendo sal y un pelícano se desgajó de lo más alto para después no poder recuperar sus alas. Solo estaba cuando el agua se metió a estrangularle el aire. Se le notaba el amarillo de los pies y la cara morada como la cabeza de un gallo que le han retorcido el pescuezo. Tenía pies de jornalero, de hombre que ha soportado el alto volta je del verano escondido bajo el sol. Sus manos aún buscaban agarrar el aire. El forense se puso guantes para no tocar la muerte y con una mortaja le tapó hasta la cara para que se terminara de extraviar en su noche sin estrellas, mientras el juez pidió que retiren a toda esta gente o si no aquí nos quedamos hasta tarde. Nadie se quería mover. Todos querían ver si aquellos hombres llegaron para devolverle la vida o si vinieron para llevarlo de regreso a su antiqua morada. El juez pidió testigos y de entre la multitud nadie que oyera ni viera nada, nadie que acompañara ni velara por la respiración del muerto más solo. Y sin embargo, todos querían estar encima, sofocándolo, como queriéndole devolver el calor que le hizo falta cuando zozobraba en el hielo, cuando naufragaba ante una fuerza que lo invadió por los pies y le expulsó su última burbuja por la boca después de desamarrarle el más pequeño hilo que lo ataba a la alegría, al arte de saborear las cosas amargas como se saborea el vino del gozo. La gente comenzó a hablar de los salvavidas embobados por los encantos de las bañistas deslumbradoras que no conocían la vergüenza. Ahora qué le digo a mi suegro, añadió Ramón. único hijo que le quedaba y no lo puedo sorprender con una noticia como ésta. Cinco efectivos ayudaron a despe jar el lugar. El juez preguntó quién fue el último que lo vio con vida y nadie levantó la mano, nadie que recordara yo. Todos olvidaron la mañana, el juego, las risas que empujaron al más le jano rincón cualquier remoto mal presentimiento. El viento y las olas trataban de borrar los caminos torcidos por donde llegó la mala hora. El sol inconscientemente se pasó al otro lado. La curiosidad mataba el gato de los bañistas y las palmeras parecían inclinarse para ver por dónde se iba metiendo la noche. Quedó tan solo, como en la foto de su cédula nadie pudo acompañarlo. Las cigarras se esforzaban por retenerlo. Los dos hombres lo echaron en una canasta. Casi no podían con él. Es que los muertos como que pesan más, tal vez porque cargan la desgracia que se olvidó de los otros. Alguien le dijo adiós con la mano. Los cangrejos retrocedían a su profundo agujero. Una señora se persignó mientras dejó ir un murmulio que el navegante no escuchó. Siempre se burló de la muerte y volvía a contar su desgracia, di jo Ramón. A lo me jor ya se cansó de esta vida y ahora si se va.

## **INDICE**

	Página
Aquí estuvo un hombre	9
La mitad del sol	13
Caperucita sola	19
Dios en manos del Diablo	23
Sin paradero	27
Vuelo nupcial	33
Exilios de luz	37
Proyecto de un homicida	39
La máquina de los recuerdos	43
En este rincón de abajo	49
La vi por la ventana	55

Las mil y una bestia	61
Debajo de la almohada	73
Retrato hablado	79
Todavía no lo creemos	85
Malditas concubinas	87
Tú llevas otro rumbo	93
Nacer de nuevo	99
El revés de la noche	105
Bromas de ahogado	107

Este libro se imprimió en mayo de 1993, en el Departamento de Publicaciones de la Universidad Nacional, Heredia. Costa Rica.

922651-P.UNA

		_

	.•				

,		
		·
·		

## OBRAS DE LA EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL (EUNA)



*Biografía clandestina de un espejo,* de Erick Gil Salas

El tiempo en el reloj de agua, de Fernando Centeno Güell





Solicítelas a la Editorial de la Universidad Nacional (EUNA)

Teléfono y fax 37-63-63, extensión 2204 Apartado 86-3000, Heredia, Costa Rica orge Luis Ramírez Caro, poeta, cuentista y crítico colombiano (San Jacinto, Bolívar), con varios premios y reconocimientos universitarios en las tres ramas. Con excepción de algunos cuentos y poemas, el resto de su obra está completamente inédita. De su libro La Máquina de los Recuerdos anotó el jurado: "consideramos el manejo del lenguaje, el dominio de la técnica del cuento y la interpretación original de la cotidianeidad a través de la construcción de un ambiente ambiguo y mágico".

La marca fundamental de los veinte relatos que integran La Máquina de los Recuerdos es la dinámica coexistencia de dos temas: la historia inmediata que gira alrededor de la condición humana de quienes conocen la marginación material o psicológica; y el mundo de las alucinaciones y la fantasía interior del individuo. Es decir, La Máquina de los Recuerdos muestra la situación del ser en soledad y en sociedad. Aunque desde el punto de vista estético-ideológico se fundamenta en él, este tomo de cuentos no es el neorrealismo, tan entronizado en la narrativa hispanoamericana: lo bordea y lo despliega desde otras dimensiones (la ilusión, el artificio, el sortilegio) también ricas en las letras de nuestro continente.

Su autor —merecedor del galardón de 1992 del Certamen UNA-Palabra con este libro de cuentos— se inicia en una rica tradición narrativa que procura mostrar las urgencias y las permanencias de una realidad histórica interpretada literariamente.